

FERNANDO VALLEJO

CONDICIÓN Y FIGURA

CONDICIÓN Y NATURALEZA HUMANA EN LA OBRA DE
FERNANDO VALLEJO

Enfrasio Guzmán Mesa

FERNANDO VALLEJO, GRAMÁTICO

Tarsicio Valencia

FERNANDO, EL APÓSTATA

Javier Murillo H.

LA APODÍCTICA DISCONTINUIDAD DEL YO

Juan Edilberto Rendón

EL LENGUAJE DE LA IMPUNIDAD EN
LA VIRGEN DE LOS SICARIOS

Margarita Jácome

DE LA TAUTOLOGÍA DARWINISTA Y OTROS ENSAYOS

Héctor D. Fernández L'Hoeste

LA DESAZÓN SUPREMA: RETRATO INCESANTE
DE FERNANDO VALLEJO
DOCUMENTAL

Luis Ospina

00860.4
F37A

FERNANDO VALLEJO
Condición y Figura

Condición y naturaleza humana en la obra de Fernando Vallejo
Eufrasio Guzmán Mesa

•
Fernando Vallejo, gramático
Tarsicio Valencia

•
Fernando, el apóstata
Javier Murillo H.

Ugr

•
La apodíctica discontinuidad del yo
Juan Edilberto Rendón

•
El lenguaje de la impunidad en La virgen de los sicarios
Margarita Jácome

08-06-05

•
De La tautología darwinista y otros ensayos
Héctor D. Fernández L`Hoeste

•
La desazón suprema: retrato incesante de Fernando Vallejo
Documental
Luis Ospina

Ugr

800009

ÍNDICE

I PARTE: Condición y naturaleza humana en la obra de Fernando Vallejo	
<i>Eufrasio Guzmán Mesa</i>	9
1. Introducción	13
2. Planteamiento del problema	15
3. Perplejidad y literatura	19
4. Horizonte de comprensión	30
5. Narración y punto de vista	37
6. Visión de sí	40
7. El ineluctable comienzo	47
8. La vida que nos contiene	52
9. Literatura e individuación	58
10. A modo de conclusión	73
11. Bibliografía	78
II PARTE: Acercamientos a Fernando Vallejo	81
1. Fernando Vallejo, gramático	
<i>Tarsicio Valencia</i>	83
2. Fernando, el apóstata	
<i>Javier Murillo H.</i>	95
3. La apodíctica discontinuidad del yo	
<i>Juan Edilberto Rendón</i>	109
4. El lenguaje de la impunidad en <i>La virgen de los sicarios</i>	
<i>Margarita Jácome</i>	129
5. De la tautología darwinista y otros ensayos	
<i>Héctor D. Fernández L'Hoeste</i>	155
III PARTE: La desazón suprema: retrato incesante de Fernando Vallejo	
Documental	
<i>Luis Ospina</i>	173
Los Autores	211

I
PARTE

NATURALEZA Y CONDICIÓN HUMANA EN
LA OBRA DE FERNANDO VALLEJO

EUFRASIO GUZMÁN MESA

NATURALEZA Y CONDICIÓN HUMANA EN
LA OBRA DE FERNANDO VALLEJO

“Porque en la abundancia de sabiduría hay abundancia de irritación, de modo que el que aumenta el conocimiento aumenta el dolor” Eclesiastés 1.18

“... Muchas veces he soñado con un monstruo melancólico y erudito, versado en todos los idiomas, íntimo de todos los versos y de todas las almas, y que errase por el mundo para nutrirse de venenos, de fervores, de éxtasis, a través de las Persias, las Chinas, las Indias muertas, y las Europas moribundas, muchas veces he soñado con un amigo de los poetas que los hubiese conocido a todos por desesperación de no ser de los suyos” Cioran

“...el único compromiso que yo aceptaba era el del hombre consigo mismo, que la única verdad era la mía, la de un egoísmo feroz”.

1. INTRODUCCIÓN

Este ensayo es uno de los resultados de un proyecto de investigación emprendido hace algunos meses. Otros aspectos o productos del mismo se han ofrecido en distintos contextos. Dos seminarios en el programa de formación de investigadores, en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, (*"Literatura e identidad"* y *"El problema del mal"*) y un curso regular abierto al público en general, en la Biblioteca Pública Piloto para América Latina de Medellín con el título de *"Literatura y Región"*.

He participado además en un Seminario interdisciplinario sobre Literatura y Psicoanálisis y esa discusión ha marcado aspectos del informe. Con el tema final de *"literatura e individuación"* he publicado un artículo en la revista *Estudios de Filosofía* número 28.

En el presente ensayo pretendo informar, de manera sucinta, los grandes trazos de una experiencia de lectura y reconocimiento de materiales que fueron para mi uno de los procesos más festivos e intensos desde el punto de vista intelectual y espiritual. Muchas cosas han sucedido en este período, como el reencuentro con la literatura antioqueña, asunto sobre el cual hay menos de una línea en este ensayo.

Ese encuentro fue iluminador y confirmador de la importancia de la perspectiva que bajo la forma de hipótesis en todo este proyecto se maneja: la literatura es un espejo de la sociedad, pero un cristal muy peculiar, deforma y selecciona, confunde e ilumina. Ya Adorno había utilizado la metáfora de espejo amorfo. Prefiero retornar a la imagen de la partitura que ensayamos en el curso de *Literatura y Región*.

Según esa perspectiva hay una partitura profunda en la naturaleza humana y se ejecuta cada vez con nuevos aires, así lo mismo la literatura, aún cuando obedece a unos cánones consagrados, a una manera de decir ampliamente aceptada; sin embargo en ella se opera la diferencia. Ella hace visible la diferencia. Procede de la diferencia.

Otra cosa interesante en este proceso fue hacer un repaso indirecto sobre el papel de los conocimientos sociales, antropológicos, psicológicos en la consideración del hecho o fenómeno humano. He hecho un uso moderado pero explícito de la argumentación derivada de esas disciplinas al considerarla en general como vinculada a los asideros que le conceden al discutir los apoyos procedentes de las disciplinas o saberes que buscan un conocimiento objetivo.

No dudo que mis lecturas de Etología, para poner un ejemplo, preceden todo el acercamiento y la comprensión de lo animal que poseo. La mirada de naturalista despiadado que tiene FV me simpatiza intelectualmente y confirma las observaciones que sobre el entorno todo niño normal va haciendo.

La experiencia de lectura de un autor contemporáneo no fue una ventaja. Tener muchas oportunidades de información, por la cercanía, en muchos aspectos se convirtió en un lastre, pensar un escritor de la vecindad, casi contemporáneo, con horizonte culturales e históricos tan cercanos, hizo las cosas más difíciles.

Tardé mucho en desarrollar un punto de vista o una perspectiva para la redacción. Oscilé entre lo coloquial que nos dicta el querer conversar y lo erudito que nos prescribe la academia y me decidí por un informe directo, que dé cuenta del encuentro y las dificultades para el acercamiento con estos textos que parecen dárseos como un agua de quebrada montañera.

Cuando observo el texto que presento no puedo dejar de anotar que muchos párrafos resultan telegráficos y descarnados frente a la intensidad de las discusiones que sostuve en el proceso que describo en el primer párrafo. Se dieron espacios felices y tensos para el diálogo y la discusión franca y abierta, pero quiero resaltar el que abrió el colega Mario Ruíz en ese Seminario de los sábados, le hago expreso el debido reconocimiento lo mismo que a los estudiantes matriculados que hicieron viva y actual la discusión. Pero él y ellos mismos constatarán que en las líneas que siguen no está presente la emoción del descubrimiento simultáneo que se dio en ese proceso que compartimos con los estudiantes matriculados en el seminario sobre *El problema del mal*.

Este informe contiene un tema básico, pero conviene hacer explícitos los elementos centrales de la exposición. La manera como están dichas las cosas es inaudible sin la lectura, estas páginas son un pretexto para leer a un escritor singular, personal, vigoroso.

El resumen del contenido es este. Se describe el problema de la naturaleza humana y sus diferentes acercamientos, se muestra una perplejidad frente a la realidad y la sucesión de teorías, entre nosotros, las encontramos siempre sirviendo a un interés u otro y nunca sometidas a la crítica.

Le he dedicado varias páginas a describir ese infantilismo del espíritu crítico que nos lleva a catástrofes cíclicas que se me parecen a situaciones climáticas. Trato de esclarecer un poco como ha sido el papel y la recepción de lo literario en ese clima de infantilismo tropical. Sigo luego los trazos de una visión de la naturaleza humana que aparece en casi todos los trabajos de FV. Hay un indudable pesimismo en esta obra, una mirada descarnada y directa sobre ese animal estrambótico que somos.

También se pueden encontrar otros rasgos en la idea de naturaleza humana, como en el caso de la última obra "*Mi hermano el Alcalde*", en la cual se han contrapuesto la concepción un tanto cínica y descarnada del narrador, con la visión de su hermano Carlos, un soñador, ingenuo, optimista con vocación de servicio público en un país ruin y corrupto hasta los huesos.

Mas no he querido dejar esta cuestión abierta pues me he atrevido a integrar la visión que del propio artista e intelectual que es FV me he ido formando, él y cada uno de nosotros es una buena muestra de la ejecución de esa partitura. Yo lo he querido mirar un poco como él mismo se describe, desde un "místico blasfemador" que está siempre emprendiendo labores titánicas hasta el verse despectivamente como un "despojo de la vida". Este escritor ciertamente toca un amplio registro de estados del alma desde el abyecto yacer en la oscura y luminosa exploración de la carne, hasta el incomunicable permanecer en la belleza de la perfección formal y sensitiva de muchos pasajes de su obra.

La imagen no queda abierta, la conclusión resume o por lo menos trata de resumir algunas de las paradojas, y queda abierta a la discusión la interpretación de la idea de naturaleza humana que aquí se presenta, después de una lectura compartida de este crucial escritor antioqueño con varios grupos de estudiantes.

2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

La idea de la naturaleza humana ha sido objeto de una larga ocupación en diversos trabajos de carácter académico y científico y también de preocupación en discusiones y otros encuentros por parte de intelectuales y artistas, además de los filósofos. Los políticos y los publicistas la manipulan y el

cotidiano vivir es acumular datos sobre ella en un libro que recibe impresionantes correcciones.

La cuestión que anima todo el asunto es sencilla: ¿existe algo así como la "naturaleza humana"? Si la respuesta es positiva va acompañada de una posterior exposición de los componentes o aspectos de esa naturaleza y de un esfuerzo por definirla. La cuestión no se ha resuelto satisfactoriamente y el problema permanece abierto.

Desde los presocráticos la cuestión está presente, en casi todo tipo de escritos o esfuerzos que desde un comienzo son reveladores: "*peri anthrophos*", es el título de la mayor parte de esos tratados, escritos con el ánimo de esclarecer el asunto y alude también ese título genérico a ese carácter perimetral, a ese interés por acercarse al ser humano para comprenderlo, un poco desde afuera, para saber mejor de él, para explicarlo; pero es precisamente ese carácter externo, aproximativo y parcial lo que llama la atención.

El hecho es que estos pensadores han planteado el problema o la pregunta no solamente para la filosofía sino para la tradición occidental. Y como se ve en eso reside una de las más duras paradojas de todos esos esfuerzos: pretender conocer desde afuera algo que tiene lugar aquí, en ebullición cotidiana. En buena medida las filosofías de un Husserl o un Heidegger, también la fenomenología y la hermenéutica como métodos, han surgido en el último siglo como esfuerzo por superar esa paradoja.

Quando Protágoras, el sofista, responde a la pregunta por nuestra naturaleza con el planteamiento según el cual: "el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son por lo que son y de las que no son por lo que no son" está planteándonos ese horizonte de comprensión que al comienzo de la filosofía "académica" también habitan Platón y Aristóteles. El primero desde el diálogo "Alcibiades" proclama que la esencia del hombre es el alma y el segundo va a buscar en el deseo de saber y en la inclinación política los dos factores que mejor definirían o responderían a esa pregunta por la naturaleza humana.

En el período que llamamos medieval o escolástica hay una definición del ser humano un tanto diferente, pues se lo considera "*ens creatum*", cosa creada por dios a su imagen y semejanza. Ese resultado hay que rastrearlo en las variaciones sobre la concepción antigua que se introdujeron con la adopción oficial de la visión judeo-cristiana por el imperio romano de la mano de Constantino. Esta concepción, de clara raíz mítica, va a ser un telón de fondo para la cultura occidental y los esfuerzos por pensar la naturaleza humana van a seguir teniendo este marco de referencia.

Otras concepciones sobre lo humano, de extracción igualmente mítica, son importantes, pero tal vez por subterráneas aparecen como irrelevantes, pero no por ese prejuicio las podemos considerar insignificantes, pues han alcanzado germinación en obras concretas y en períodos definidos de la historia humana y en la historia de las ideas su fuerza ha marcado transformaciones en los modos de comprensión. Es, por ejemplo, el caso de la concepción hermética y su papel en el llamado renacimiento.

No obstante, cualquier consideración sobre la importancia de muchas tradiciones doctrinales o comprensivas, es muy influyente en occidente ese modo de precomprensión de lo humano que llamamos cristianismo. Frente a esta concepción se tendrá que definir no sólo la modernidad sino los esfuerzos más contemporáneos como los del evolucionismo.

Ciertamente podemos decir que la imagen de la naturaleza humana sigue enfrentando un proceso de integración o formación que no termina.

Posteriormente, después de la fuerte influencia de lo que denominamos lo judeo-cristiano, vamos a encontrar, en lo que ahora llamamos "la modernidad", a la actividad filosófica volviendo sobre el tema con una fuerza y una recurrencia inusitadas.

Aquí hay que incluir, por supuesto, las razones y los esfuerzos de todos los filósofos e intelectuales que dan lugar a los tratados sistemáticos sobre el hombre, se refina y reformula de una manera un tanto programática la idea de naturaleza humana. Spinoza, Descartes, Locke, Rousseau, Hobbes y Hume, entre muchos otros, escriben tratados sobre el hombre y sobre la naturaleza humana y se esfuerzan por detectar los elementos que nos constituyen o hacen parte de esa naturaleza "primera", siguiendo aquí al trabajo especulativo unas líneas que incluyen el estudio de las pasiones y de los afectos, al lado del querer saber y del actuar como nuestro patrimonio más definido.

La atmósfera de casi todos estos trabajos modernos, en el sentido filosófico del término, es la del intento por hacer una ciencia del hombre, segura y sólida, que permita fundar, no sólo el conocimiento confiable, sino además la libertad, la justicia o la política considerada legítima y válida y posteriormente animará un proyecto de humanidad como tal, que incluya definiciones y decisiones programáticas sobre la educación y la acentuación en la dimensión moral de la existencia individual y colectiva.

Algún crítico de la historia de la filosofía y de la metafísica insistiría en que la pregunta por la naturaleza del hombre está, desde el principio, mal formulada, que no hay una esencia o naturaleza del ser humano y que no

somos más que una infinita posibilidad, un estado de abierto, somos lo informe que se forma. Un poco en resumen somos un proceso y, como tal, es inaprensible en su totalidad. Vale quizás pero es imprescindible tratar de precisar unos rasgos, la literatura intenta esa señal sobre la superficie del agua o sobre la arena innumerable.

Las ciencias de lo humano también parecen insistir en la apertura ilimitada y por contraste, en un resurgir la cuestión de lo innato en el siglo XX; la Sociobiología y la Etología humana insisten en la pregunta por lo que nos constituye como especie. En particular la Etología se ha adiestrado, y perfeccionado su aparato conceptual y teórico, en la identificación de esos elementos que en todo tiempo y lugar parecen constituir nuestro acervo genético y conductual; pero aún esta disciplina, que atiende a la huella de la filogenia en la conducta, insiste también en la neotenia como un rasgo definitivo en la especie humana, pero continúa hablando de especie. Todos parientes, todos diferentes sería el lema de ese planteamiento. Pero ya Hume señalaba que en ocasiones, para su pesadumbre, sentía que tenía más en común con alguno de sus perros que con ciertos personajes frecuentes en Bristol.

¿Trasfondo humano?, ¿unidad de la naturaleza humana?, pero no pareciera identificarnos mucho ese subsuelo común, parece que la diferencia la hace ese permanecer niños de manera ilimitada. El planteamiento de la neotenia por Lorenz insiste acertadamente en ese estado de infantilismo acusado de la especie, en la lentitud de la maduración o en la persistente presencia de rasgos infantiles en el ser humano, como manifestación de una ventaja adaptativa que permite el ajuste a diferentes ámbitos y permite comprender la importancia de la respuesta cultural.

En el arte y la literatura, como parte de la cultura, encontramos otras perspectivas ricas y complejas sobre lo humano. Es oportuno considerarlas pues la pregunta por la naturaleza humana, sobre todo en la llamada filosofía de la modernidad, es difícil de separar del proyecto de geometrización de la naturaleza y por supuesto de la matematización en la mirada sobre lo humano.

Para poner un ejemplo de lo anteriormente afirmado a las disquisiciones filosóficas de los ingleses Hobbes, Locke y Hume le acompañan, en el campo paralelo de la literatura, una serie de novelistas que tiene en el tema de la naturaleza humana su atención: Daniel Defoe, Samuel Richardson, (de quien dijo en su momento Rousseau: "Nadie, en cualquier lenguaje, ha escrito jamás una novela que se iguale o acerque a *Clarissa*"), Jane Austen, George Eliot, Henry Fielding y otros, constituyen una contravoz que genera comprensión y nuevas miradas sobre el

mismo fenómeno. Igualmente autores como Nicolo Maquiavelo o Bernard de Mandeville no se ajustan al esquema y en sus trabajos prima una hermosa dosis de cinismo práctico derivado de una cuidadosa observación de la polis, de la colmena.

En el arte y la literatura se afronta con minuciosidad, pero con una intensa dosis de personalidad, esta pregunta por la naturaleza y la condición humana. En particular la cuestión sobre nuestra "naturaleza" se la responde con libertad y desde el nuevo horizonte que introduce el tema de la condición humana como pregunta por la naturaleza que se despliega en una circunstancia, en un "ethos", en un ámbito geográfico, un momento histórico, cultural y social determinado.

En particular la literatura ensaya respuestas diversas que exploran sentidos desde los procesos creativos y de asignación de significados, desde el hacer y el vivir mismo, en unas condiciones concretas. (La obra de Fernando Vallejo, independiente de la atmósfera intensamente polémica que ha creado a su alrededor, contiene una experiencia literaria del ser, del ser en Antioquia y Colombia y afronta el reto de la expresión de esa visión y de esa experiencia que constituye un referente obligado para la exploración de los temas anteriormente señalados.)

Tal vez desde la obra de Fernando González no asistíamos en las letras antioqueñas a una experiencia pensante y literaria tan sugestiva y álgida. Lo pensado es ese ser que se despliega y a ese esfuerzo y a esa exposición hay que investigarla como responsabilidad con lo que constituye nuestro referente obligado en este horizonte de problemas.

3. PERPLEJIDAD Y LITERATURA

Considero de importancia, antes de la presentación de algunos resultados de la indagación, sobre el problema y en los términos descritos, y como complemento comprensivo a los caminos recorridos, hacer un comentario inicial sobre la idea de clima intelectual.

Creo que esto contribuirá en la tarea de entender, en parte, el papel que ha venido a jugar en nuestra cultura la literatura. Encuentro que esto no está desligado del problema de la recepción de los productos intelectuales de otras culturas. Aquí se trata de hacer una evaluación de lo que significa la recepción de las ideas entre nosotros y de qué manera ha venido a perfilarse la literatura como una opción de comprensión, como perspectiva de visión de la realidad y de la historia.

a. El clima del jardín intelectual

La perplejidad intelectual y vital que en ocasiones nos excede y a veces parece también inmovilizarnos, proviene de una cierta conciencia y es la de saber que, con entera firmeza y alta dosis de confiabilidad, no sabemos casi nada. Nuestro humano deseo de saberlo todo, de conjurar la oscuridad, de vencer el miedo y superar la ignorancia, se quedan insatisfechos como nuestra mayor parte de deseos.

En la distancia parecen felices los momentos de la adolescencia mental en los cuales parecíamos entender el sentido y la dirección de casi todo lo que ocurría. Con arrogancia infantil creíamos comprender la historia, “el sistema” o “la realidad”. No valieron las advertencias de inteligencias menos románticas y alejadas de actitudes calenturientas; sin ambages y con convicción casi ciega afirmábamos como empiristas ingenuos que la realidad está ahí, visible, hablándonos, retándonos, ignorando con tal ingenuidad todo el complejo proceso de su generación en la mente y en el cuerpo social.

El clima de esas discusiones, que en su mayor parte no eran genuinos intercambios de ideas, era cálido y la temperatura iba en incremento. Hay que recordar que las diferentes facciones, en guerra actual contra el estado colombiano, también poco dialogantes y casi irreconciliables entre sí, sobre todo las de izquierda, partían de diferentes maneras de caracterizar esa pretendida realidad histórica y social colombiana. Ya esa diáspora en las socorridas “conceptualizaciones de la realidad” nos deberían haber alertado sobre el hecho crucial que ponen de presente su variedad y limitación. Ignorábamos que las discusiones sobre lo objetivo pasaban por una redefinición de lo subjetivo, en el sentido de entender el papel activo del sujeto en la construcción de la realidad y la forma como la cultura y los procesos sociales e históricos influyen en ello. Y todavía más atrás: nos faltaba mucho para entender lo que Kant había dicho casi dos siglos atrás sobre la diferencia entre lo en sí y lo fenoménico. Diciéndolo de manera casi rupestre, unas son las cosas y otras las palabras y esas fueron épocas donde puerilmente se tomaban las unas por las otras. Lo lamentable es que ese sendero lo transita ahora no solo la clase intelectual sino la nación entera

⊗ Dos siglos de racionalismo crítico no han logrado permear la cultura intelectual en nuestras naciones latinoamericanas y esto es algo de lo cual solo son conscientes algunas minorías de intelectuales. El grueso de la población, gran parte del sistema educativo y una buena parte de los intelectuales siguen con una absurda profesión de fe en el empirismo ingenuo, ignoran igualmente la historia de una discusión que toca de manera definitiva

nuestra idea de lo que “es” en verdad y de la forma como participamos en la construcción de la realidad, incluida nuestra propia identidad.

Lo que desde afuera se debe observar como un romanticismo anacrónico o un primitivismo ingenuo, no es otra cosa que el resultado de visiones del mundo y la circunstancia que están indisolublemente asociadas a concepciones ingenuas de la realidad y de los procesos cognitivos.

Como se puede observar, éste no es un problema exclusivamente filosófico o epistemológico y el sentido del término realidad, mundo y por consiguiente la realidad de la persona como elaboración en la cual participamos parece ser dejada de lado continuamente. Hay que atender de manera conciente y deliberada a los procesos de construcción social de la realidad, y esto parece serle indiferente a quienes insisten en practicar una actitud acrítica, que sólo se guía en cuestiones de estudio por la moda editorial, quizás el último desarrollo de alguna teoría de la complejidad, la complicación o la fragmentación y, en general, se refugian en un rehusarse al mínimo control en sus afirmaciones. Las obras de autores de moda en Europa o Norteamérica se citan a los pocos días de aparecer en sus lenguas originales, sin asimilación y en una pedante pero ciega voracidad de novedades

Esa mezcla de ignorancia, avidez de novedades, acriticidad e ingenuidad, suele dar lugar a cosas tan explosivas como la vida cotidiana en el principio del siglo XXI en Colombia. Estábamos muy lejos, en aquellos momentos de la segunda mitad del siglo XX, de entender el verdadero sentido de una actitud fresca y menos apasionada que la que podía proporcionar nuestro medio cultural. Cuan lejos estábamos, observamos hoy, del frío y sano escepticismo cuyas bondades sólo son visibles después de tanta sangre derramada. Y saber que, en los años setenta, quien exhibía esa actitud escéptica o cuidadosamente distante de todo el barullo, era mirado como culpable de ausencia de compromiso con la realidad y con la historia. Preámbulo digno de estos tiempos fieros donde ya los bandos se erosionan con los mínimos cambios de la oferta y la demanda, en los mercados absurdos que ha creado una producción desbocada por cumplir las panaceas mas pueriles: ahora el éxtasis no se busca, se compra en las esquinas.

Pero, precisando un poco, no era cuestión de la temperatura o el clima que nos proporcionaba el ambiente tropical, creo que era en mayor medida ignorancia y un credo pedestre que suponía que cualquier acción era más definitiva que las discusiones afinadas.

Siglos de actividad de descubrimiento del territorio, de colonización de la selva, esfuerzos ingentes por establecer nación y desarrollar vida civil, hi-

cieron aparecer como secundarias las delicadas operaciones intelectuales con las cuales establecemos los nortes de una vida, con una moralidad y unas pautas de convivencia mínimas. Algún obrero, a medio camino entre el lumpen y el delincuente, en esas casi siempre nocturnas y febriles veladas de trabajo político, resumía con una sola frase ese privilegio de la acción, así sea ciega: "Dejemos ya tanta carreta y digan de una vez a quien hay que darle en la cabeza".

Ingenuidad científica, puerilidad política y confianza ciega en la acción eran los componentes de una mezcla explosiva de la cual se alimenta hoy la nación, esos son los condimentos de una sopa que como ingredientes básicos tiene la injusticia profunda y la exclusión sin término.

Lo anterior es todo grave y a la sopa que nos tomamos le agregamos las dosis de adrenalina que el poder ejecutivo y sectores recalcitrantes de la sociedad quieren agregar permanentemente. Cómo quedará esa sopa a la cual se le añaden, además de sustancias marciales de toda procedencia, los elementos ya señalados a los cuales hay que sumar la carga de enervantes sociales de todo tipo, desde alcaloides naturales hasta los de síntesis, pasando por la variedad de explosivos repartidos con extraordinaria largueza por parte de excluidos de todas clases, para llegar hasta los sedantes medios de comunicación, profundamente plutónicos en su matrimonio indisoluble con la riqueza.

Es un poco triste observar este panorama de manías y posesiones; como diría Platón, ellas distorsionan la percepción del cuerpo social como conjunto. Cuando recordamos que en los espacios académicos de esas décadas finales del siglo pasado ya teníamos advertencias como las de Heisenberg, quien nos indicaba que la operación de definir a nuestros enemigos era una operación intelectual del mayor cuidado¹, no podemos menos que pensar y preguntarnos cuál fue el componente de nuestra cultura o de nuestro talante intelectual y espiritual que permitió esa omisión y ese desentendimiento.

Volvemos pues al asunto de la temperatura como factor de la percepción y del juicio. No se puede atribuir este asunto a mero problema de clima, por contraste podemos señalar que el instante inaugural de la filosofía occidental, helado reemplazo de lo mito poético por el escalpelo de la dialéctica y de la crítica, arrancó en medio de los vientos cálidos del norte de África, en

¹ Heisenberg, Werner. "Sobre las conexiones entre la educación humanística, la ciencia natural y la cultura occidental" en *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Trad. Gabriel Ferraté. Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A. 1957 p 59ss

las soleadas costas del mediterráneo. Pero ya sabemos también que ese comienzo de la filosofía no había llegado a aclimatarse aún entre nosotros y las figuras de los primeros filósofos eran mencionadas como una hagiografía más.

Qué no podríamos decir entonces de lo alejado que está el espíritu de la ilustración de nuestra cultura. Ahora andan nuestros profesores posmodernos dando el salto en el vacío al ignorar todo el curso de este problema del conocimiento en el contexto de la cultura intelectual occidental, y entre nosotros, y tratan de convencernos de que el sujeto ya no es problema, ni la comprensión de la historia y si lo es el sumergirnos en el río de las narraciones, sin más armas que una credulidad que todo lo acepta como posible.

Nuestras discusiones y caracterizaciones de la segunda mitad del siglo XX, las subsiguientes declaraciones, tomas de posición y los alineamientos derivados estaban tocados más bien por los calenturientos fríos que se habían incubado en los cuartos de la escolástica europea y especialmente española, nuestra "madre patria". Es por ello que la respuesta a esa temperatura de las discusiones hay que buscarla en otros elementos, no climáticos sino espirituales y más concretamente culturales.

Habría que hacer el inventario de lo que nos dejó de llegar y de lo que se nos impuso de manera tan drástica que aún no logramos la atmósfera adecuada para una discusión donde una de las partes o las dos se retiren sin sentirse humilladas. Es que seguimos valorando más el honor y la posición dentro de las jerarquías que el conocimiento, todavía seguimos pensando que humildad es humillación y estamos muy alejados de entender que aceptar un error no es una pérdida sino una ganancia.

Para nuestro bien celestial o para nuestra perdición a mi generación nos correspondió recibir educaciones clericales y religiosas en las cuales eran frecuentes las realizaciones de torneos de memorización del catecismo del padre Astete, a las generaciones previas se les había educado en la creencia de que aprenderse los catálogos de ortografía de Manuel Marroquín era el paso para evitar la vulgaridad del error. Y si nos remontamos un poco más podemos descubrir que venimos de grupos humanos que sin conocer la escritura se vieron abocados a aceptar su fetichismo y terminamos por adoptar su supremacía sin reservas.

Esto último puede dar generaciones de literatos brillantes pero pocos pensadores eficaces. Quizá este fetichismo por la escritura esté a la base de la pirámide de nuestros valores, no ya solamente como colombianos sino como latinoamericanos, y ese sea el resultado de un salto desde una visión

millas que no encuentran sino piedras, donde no nacen sino que se aferran las menos y se convierten en plantas inaccesibles e inmodificables. Pasó así en nuestras naciones con las ideas de la Ilustración en el inicio del proceso de emancipación política y militar de España. Por ello esfuerzos como los de Antonio Nariño, Mutis y otros pensadores libres quienes intentaron a principios del siglo XIX crear espacios para la discusión y la percepción del espíritu moderno pueden seguirse considerando mojonos sólidos en la corriente intelectual de nuestra cultura que aún no han sido oídos.

Desde esta perspectiva pueden llegar a tener una dimensión casi caricaturesca las discusiones muy de moda y más bien recientes sobre modernidad y posmodernidad entre nosotros, cuando aún no hemos asimilado y mucho menos discutido el espíritu de la ilustración y el sentido de la modernidad. En esto algunos de nuestros doctores recientes están tan actualizados en los detalles técnicos y filosóficos de las discusiones europeas que empezamos a sospechar que están parcialmente inutilizados para toda discusión pertinente y local en el mejor sentido del término.

Para poner un solo ejemplo: lo que en la discusión académica europea se plantea como una evaluación sobre el mito de la razón y los monstruos que crea, empezando por la razón tecnológica-instrumental parcialmente destructiva o el usurpamiento de la misma por el estado de orientación totalitaria, se ha leído, por buena parte de nuestros investigadores, como el imperativo de un choque destructor contra el poder benéfico de la razón.

Tenemos ya demasiados sacerdotes profesores despotricando de la racionalidad y el espíritu positivo, defendiendo una respetable y supuesta pluralidad de visiones como equivalentes o no excluyentes entre sí y preconizan algunos de ellos el abandono de todo esfuerzo por depurar y fortalecer los compromisos con la producción de conocimientos confiables. El resultado no puede ser peor: como en una Babel mental coexisten sin entenderse ni discutirse variedad de visiones y teorías que no se confrontan ni se controlan con espíritu crítico

Pero continuemos este esfuerzo inicial por mostrar el lugar de la literatura, qué agua nos trae en medio de las abundantes perplejidades que nos acompañan. En el siglo XX, después de la revolución cubana de finales de la década de los cincuenta, la cuestión de las ideas y el desarrollo de los modos de comprensión fue otro relato cuyos efectos están alimentando desde hace cuatro décadas la caldera de nuestra sociedad. Ya no es solamente la recepción dogmática y catequética del marxismo sino la captación de discusiones, como la ya mencionada sobre la vigencia del proyecto moderno o el aterrizaje ineluctable en lo posmoderno.

Pasando, claro está, por la opción de los compromisos con el conocimiento objetivo y aquí vale la pena señalar como esa herramienta de la filosofía que llamamos epistemología y que nos ayuda a comprender lo cercanos o alejados que están las disciplinas y los discursos de la objetividad, hace algunas décadas convertida también en nuestros centros académicos en una moda, ahora está en desuso, ignorándola como semilla arrojada sobre la piedra de necesaria fecundación, siendo ella auxiliar indispensable en el análisis de los discursos y las disciplinas.

Se practica ahora un dejar hacer sin límites, concediéndoles igual valor a una simple historia de vida que a la descripción o intento de explicación serio de un investigador calificado. En este clima de modas, confusiones teóricas y conceptuales no ha dejado de aparecer la literatura como la panacea que lo resuelve todo.

Dejando aparte ese extremismo romántico que es enteramente compatible con nuestra historia literaria sí podemos afirmar que con su pluralidad de voces, con su mirada de filigrana o el intentar visiones de conjunto que incorporan el horizonte más amplio que sólo lo mito-poético es capaz de afrontar, la literatura contiene, como diría Moreno Durán, una denominación de origen, una expresión de nuestros modos de salvación y paladeo de la vida. Intelectualmente no es una panacea ni socialmente contiene la salvación pero es, además de un partitura de variable ejecución, un espejo en el cual nos podemos mirar y la literatura así planteada, como el juego que nos deja ver una figuración de eso distante que llamamos el ser o la realidad, es preferible al eclecticismo o a una duda sin fondo, sin parámetro y sin confianza en algún orden de comprensión.

Por ello, para concluir esta declaración de perplejidad e interés, es bueno ir retomando nuestro asunto, volvamos entonces a la pregunta por la literatura. ¿De qué modo? Se trata de nuestra literatura y no la literatura en general, o quizás si y también se trata de la literatura y el modo como se la puede comprender desde otros frentes de acción intelectual. Aquí nos preguntamos por cuál de sus rasgos nos resulta más significativo, qué la define para nosotros.

Esta pregunta es difícil si se la hace en general, pero si se intenta plantear aquí como ella nos integra a un río de historicidad que ella contiene, cómo nos incorpora a una serie de narraciones, a un ciclo abierto de relatos que constituyen un tejido vital, la palabra que nos funda, la exposición del curso de nuestras consideraciones, la visión de sí y de los otros, la exteriorización de nuestras formas de ser y el pensar cotidiano.

En relación con literatura, con los textos que la conforman debemos definir nuestros horizontes de comprensión. Debemos continuar con esfuerzos que se han hecho frente al hecho literario concreto, nuestra literatura. No nos resultan tan estimulantes las reflexiones externas sobre ella en general, nos parece más valioso entender los procesos de significación concretos de la obra para el propio autor, en un medio histórico y cultural determinado. Obras como las de Fernando González o Fernando Vallejo son respuestas a cuestiones vitales propias. No creo que para nuestro problema sea muy relevante tener en cuenta como han pensado lo literario, el texto o el espacio literario en Europa o Norteamérica. Me interesa más ver como un ser contestario, heterodoxo, personal, irreverente se ha expresado en ella sin caer en el lugar común de inscribir esa singularidad como simple trasgresión.

Esa reflexión en general no parece llevarnos a alguna parte, todo parece ser violable o proceder de una trasgresión; es más interesante asistir al proceso por el cual cada literatura, cada texto responde a situaciones específicas que es necesario hacer visibles para aumentar la comprensión, esto implica un esfuerzo mayor que el simple circunscribir la reflexión a tal o cual pensador ¿Nos podrá iluminar horizonte para nuestra pregunta el tener en cuenta como comprende el texto literario el análisis estructural o algunos de los formalismos vigentes y caducos? No me parece aceptable el norte que adoptan estudios recientes o la percepción sobre nuestra literatura inherente a antologías o publicaciones colectivas.

Hay que intentar otra mirada y eso es lo que trato de presentar. Elijo un eje y el mismo guía esta investigación, la idea de condición y naturaleza humanas, cómo somos, qué somos, cómo nos desplegamos en un momento y una geografía, cómo captamos el paisaje y a los otros.

Tampoco el edificio de nuestra literatura ha sido asimilado por nosotros mismos y apenas esta siendo estudiado y los formalismos también han llenado un nicho preponderante en los cerebros de nuestros profesores de literatura. La literatura, nuestra literatura, es valiosa cuando no es la repetición tediosa de lugares comunes, como aquel que predica que la literatura entre nosotros reemplaza a la ciencia y a la filosofía. Desde ese lugar común se entra entonces a repetir como un lema la expresión de Marx de haber aprendido más sobre la dinámica del capitalismo en Balzac que en Michelet y se ha sacado la distorsionada interpretación que afirma que entonces ya no hay que intentar comprender y explicar los cambios y las diferencias sino que es posible integrarse a un mundo donde todo se puede decir sobre lo divino y lo humano.

Para nuestro bien o para nuestra perdición también la opción por la literatura se da en el lugar de una debilidad en el esfuerzo filosófico y en una desconfianza muy amplia frente a la búsqueda de conocimientos confiables. Pero, ¿y entonces? ¿Qué es la literatura nuestra que ha nacido y se ha fortalecido con múltiples opciones que a lo largo de los últimos doscientos años han estado tomando como rehenes voluntarios a muchos de nuestros más lúcidos intelectuales? Evidentemente cierra unas puertas o solo las deja entreabiertas, especialmente aquellas que permiten el desarrollo del conocimiento objetivo como una empresa social y las que facilitan la concentración de grupos de intelectuales amplios en el estudio, la reflexión y el análisis; permite por otro lado la formación de una clase de intelectuales un tanto libres y soberbios que aspiran a que su arte ofrezca respuestas de orientación y sentido que toda sociedad requiere.

Esa soberbia no deja de ser un revelador arranque de nuestra literatura que ya ha sido comparada funcionalmente con el "génesis criollo" o el mito fundacional de los comienzos. Así nos interesa la filosofía y el conocimiento de calidad tendremos que empezar por intentar vernos en el espejo de la literatura. Intentar acceder a sus visiones propias es una de las tareas del autoconocimiento entre nosotros.

En este caso, y a propósito de la "antioqueñidad" y de Antioquia como región, como invención y proceso cultural, nos interesamos por una obra como la de Fernando Vallejo a nuestro juicio contiene un despliegue no irrelevante de visión de sí y de los otros, por lo demás es paradoja no menor de este escritor el cultivar la gramática, rasgo significativo de la cultura intelectual colombiana, y disfrutar al mismo tiempo al hacer violencia sobre la lengua literaria, adoptando la literatura como estrategia de expresión para el espíritu y su singularidad íntima, llevando de paso el habla coloquial, la de su casa y sus mayores, al terreno de la creación y arte literario.

Para que la literatura sea parte de la eliminación de los velos de la perplejidad deberá ser aquí escuchada como trabajo de producción de visión, comprensión y exploración de sentido. Recordamos que es la idea de naturaleza humana la que nos acompaña en su complejidad, en su variación desde el arrobamiento místico hasta la extrema crueldad. Pero quedamos también advertidos, por el juego diabólico que toda escritura contiene, que no puede por sí misma superar el espacio lúdico y pretender en su variedad de voces suplantar la pregunta por el sentido que nunca se cierra y nos exige baturí y escalpelo. Esto último es lo que le da sentido a este esfuerzo.

4. HORIZONTE DE COMPRESION

La exploración que dio lugar a este texto, como ya se señaló, se emprendió con el objetivo de hacer explícitas las ideas que sobre la condición y la naturaleza humanas hay en la obra narrativa de Fernando Vallejo. Pero atendemos no solamente a lo explícito sino que, además de la visión de sí que se ofrece en la narración, es importante el rastreo de la imagen que el artista va tejiendo también con sus declaraciones y sus ensayos. Están publicados en revistas y periódicos sus discursos⁴ y ofrecen una lúcida y desesperanzada visión sobre su patria, sobre lo humano, la confusión de sexualidad y reproducción, la ingerencia de la iglesia católica en asuntos reproductivos de la especie, la impostura inherente a las academias, los gremios, la situación de los animales en la sociedad humana y una variedad de temas que constituyen un ideario valioso expresado con una cruda dirección a la cual no le es ajena la sencillez arcana en Antioquia y el fino humor, la ironía profunda, la risa sin la cual perderíamos el último viento.⁶

Con un atinado rasgo publicitario este escritor antioqueño ha aprovechado espacios de resonancia nacional e internacional para hacer visibles de manera más amplia sus reflexiones y puntos de vista. Creo que ya hay un haz de comunicaciones de este tipo como para dar lugar a un libro que haría visible una coherencia innegable en los puntos de vista los cuales no son caprichosos, ni infundados sino que van tomando la forma expresa de un conjunto de ideas que habría que asimilar como manifestación de un pensamiento desinhibido, fresco, bien informado y contundente en su expresión, sin ambages, ni dobleces. Muy al gusto además de una rica tradición antioqueña de franqueza, crudeza y sinceridad extrema que ha sido parte constitutiva de la literatura y es indudable forma del trato y la expresión, y que ha encontrado en el panfleto un camino de expresión.⁵

Pero volvamos a la obra literaria, que al parecer ya ha sido cerrada de cierta manera por el propio autor, quien se ha negado a continuar animando con su escritura la memoria imposible de un tiempo perdido que sin embargo es posible recuperar con la paradójica escritura.

⁴ Los impensados caminos del amor, A los muchachos de Colombia, Memoria y consejos del sobreviviente. La Patagonia del fin del mundo, etc

⁵ *Fuego Graneado* de Antonio José Restrepo, publicado hace un poco más de cien años, es una referencia obligada, pero también habría que mencionar los escritos de, Juan de Dios Uribe, (el Indio Uribe), Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), Camilo Antonio Echeverri, hasta llegar a Gonzalo Arango o al más significativo autor del género, Fernando González quien siempre llamó a su revista *Antioquia* "panfleto filosófico", todos ellos hacen parte de una tradición sólida en este punto

La literatura y la escritura en general representan un esfuerzo hacia el fortalecimiento de la conciencia y su ampliación pero hay resortes en nuestra estructura anímica que imponen lo que por el contrario parecemos necesitar con mayor frecuencia: la amnesia. Pero el desconsuelo nos abrasa cuando descubrimos que finalmente no, la amnesia no es, es un olvido imposible.

A la idea inicial de la escritura como aventura expresiva, "voracidad de prodigios", terapia, esfuerzo por librarse de obsesiones, rencores y padecimientos vitales, cinta de Moebius donde exponer la percepción de este animal enorme en el cual yacemos, la escritura sitio donde exponer el curso del tiempo, la imposibilidad del amor y la persistencia del odio que por momentos parece vencernos. A esa aventura terminó oponiéndosele la máquina literaria, dispositivo de escritura que finalmente alimenta el monstruo editorial, una hidra de mil cabezas y varios vientres que resulta doloroso y dispendioso sostener a costo de la propia vida. Quizá será por todo eso que la atención se dirigió hacia otra parte.

Dejó, aparentemente, de importarle finalmente la producción de literatura a nuestro escritor, cuando ya había logrado un alto grado de aceptación y de éxito comercial además del elogio del público y el reconocimiento quizás más esquivo, el de los escritores, expresado en el premio Rómulo Gallegos de 2003.

Algo había llegado a su final en esa ocasión y si nos conformamos con sus declaraciones dejó de interesarle la actividad literaria, por lo menos para hacer de ella el centro de la vida. Es aleccionador este final: dejar la literatura y perseverar mejor en la vida intelectual tratando de desvestir santos⁶. Y me recuerda todo lo que tuvo Fernando González que luchar contra el éxito de su *Revista Antioquia*⁷ en particular. Él concibió esta publicación periódica para desnudar su alma y la colectiva y aterrorizado le correspondió observar cómo se transformó en las manos de los lectores en chismografía de la parroquia. Desvirtuación que el público casi siempre hace de los sentidos más íntimos e irrenunciables de una obra.

En el punto más alto de aceptación la *Revista Antioquia* fue enterrada por su creador, en vida. La comparación con el cierre de su propia obra literaria por Fernando Vallejo no es azarosa, hay más de una analogía en los periplos

⁶ Ciertamente, *La tautología darwinista y otros ensayos de biología*, es la divulgación de los resultados de un esfuerzo bien diferente a lo hasta ahora presentado por Fernando Vallejo al público, aunque indudablemente estamos frente al mismo espíritu exigente, el talante irreverente y la disposición investigativa genuina. (Primera edición, 1998 Universidad Nacional Autónoma de México. Edición colombiana de la Revista Número Edición de marzo de 1999).

⁷ González, Fernando. *Antioquia*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, 1997.

vitales, expresivos y creativos de estos dos escritores antioqueños. Las mencionaremos en la medida que amplíen y precisen nuestro asunto. Vallejo ha afirmado que se despidió de la literatura con la muerte que se administra como autor, un viejo escritor que asiste a un evento en Barcelona, en *La rambla paralela*⁸. Esa muerte literaria se la ha propinado abiertamente pues no quiere permanecer en la exigente y unidimensional competencia de un libro cada tanto⁹, para satisfacer la sed equivocada de un público, infiel lector, que me recuerda las lecturas pornográficas que en mi generación hacíamos de una publicación médica con fines de educación sexual.

Ahí está un primer hilo de la torcedura inicial, el primer giro excesivo, la vuelta de tuerca que fractura la pieza, hybris propia de la condición humana. Usted escribe y habla para salvarse y quien le lee o escucha encuentra otro sentido que no hace sino confirmar que vivimos en una Babel irrenunciable.

En el arte está dramáticamente vigente ese hecho por el cual lo que, por ejemplo, Bach experimentó e intentó transmitir no es lo que sucesivas generaciones asimilan e interpretan. Lo que se escribe con un fin puede llegar de esta manera a ser desvirtuado y se puede pasar a leerlo como correspondiente a otra intención macabra y desconocida.

Ese hilo perverso de razonamiento o argumentación, que por lo demás también practican, entre muchos intelectuales, algunos biólogos como Richard Dawkins¹⁰ que ven en una actitud claramente altruista el avieso y egoísta fin de un ser, un gen, que solo quiere autoafirmarse. Pero no ha sido su entrenamiento en la biología lo que le ha dado a Fernando Vallejo esa perspectiva suya tan cercana pero tan difícilmente comparable a la de Genet, Bukowsky o tantos otros, fue su talante y su punto de vista lo que lo llevó a mirar en esa disciplina los elementos de una visión que se desarrolló desde su primera infancia, golpeando el suelo con el cráneo, su tío, el primo, él.

El hecho, de cierta manera incontrovertible para mí, es que lo expresado por FV en su obra literaria no es muy distinto de lo que muestra en sus películas o lo que deja translucir en sus ensayos. Estamos frente a un artista "de una sola pieza", como decimos en Antioquia, alguien que ha expresado unas opiniones, unas concepciones de una manera coherente deliberada y ampliamente ilustrada con imágenes y una gama considerable de recursos literarios. Y lo ha hecho también de manera deliberada en entrevistas

⁸ Vallejo, Fernando. *La Rambla paralela*. Bogotá, Alfaguara, 2002

⁹ Después de las tajantes afirmaciones vino a aparecer *Mi hermano, el alcalde*, en la editorial Alfaguara, pero el mismo autor se encargó de mostrar que no había roto su silencio literario sino que era la publicación de una obra inédita anterior, muy cercana a *El desbarrancadero*.

¹⁰ Dawkins, Richard. *El gen egoísta*. Barcelona, Salvat Editores, 1985

tas, declaraciones y una serie de provocadores discursos ante audiencias cada vez más amplias en vista del reconocimiento a la calidad literaria y la progresiva aceptación de su temperamento.

Estamos de nuevo frente a un valor muy definido que ha sido siempre motivación de la literatura y de nuestra literatura. Se ha escrito, se escribe porque se tiene confianza en la capacidad que tiene la literatura de ilustrar, de ampliar horizontes y mostrar destinos. La literatura de este escritor antioqueño no se sustrae a ese valor que apunta a develar, denunciar, limpiar, ilustrar, mostrar los desbarrancaderos, la estupidez, el sinsentido y sus opuestos. Entre muchos de los escritores latinoamericanos la literatura y la ensayística ha venido a cumplir el papel de la docencia en una tarea ilustradora, modernizadora y de combate contra la barbarie implícita a la ignorancia.

Hay además, entre muchas otras cosas correspondientes a un universo personal, familiar y cultural, un lugar visible y cálido para la enorme ternura que genera lo animal, y esto es, además de una compensación, una iluminación sobre el origen de la crueldad y el desparpajo desesperanzado en el caso de la visión sobre lo humano. La anécdota del escorpión descrita en el proceso de reconstrucción de la infancia y que implica respeto y admiración por un animal que no se caracteriza por su simpatía con los pies en nuestras casonas viejas es solo una muestra.

Lo animal es mirado con una admiración, un respeto y una fraternidad que no hace remontarnos a un Francisco de Asís para llegar a un Konrad Lorenz y perspectivas científicas que como la etología se han encargado de mostrar que solo hay un pequeño Rubicón¹¹ que se pasa cuando la corriente se seca en verano. No es retórica esta relación con los animales en esta obra, tampoco circunstancial como en el caso de un televidente fanático de Lassie o Rintintín que se hubiese dedicado a la literatura en su vida adulta.

Esta relación con lo que significan los animales es parte sustantiva de una visión fresca sobre la naturaleza humana que quiere pensar las distancias y las cercanías. Por ello nos encontramos significativas inserciones de animales cuya descripción implica aceptación incondicional, lugar privilegiado en el alma de quien los menciona e inventa; como por ejemplo el caso de un conejo de esos que se atraviesan por los caminos de Antioquia silvestre que ya no vuelve:

¹¹ Thorpe, E. en *Naturaleza animal naturaleza humana* utiliza la imagen del Rubicón como el salto o el puente que se ha superado entre lo animal y lo humano. Por supuesto que se refiere al famoso paso del Rubicón por Julio César

¿Que fue esa bola blanca que cruzó? Un conejo veloz de tierra caliente que si en vez de día hubiera cruzado de noche lo encandilábamos: se queda en medio de la carretera quietecito, empendejado, y uno lo agarra, lo acaricia, le hace una jaulita, lo guarda y le da zanahorias frescas que le encantan¹²

También es hermoso y revelador como vincula lo mejor del espíritu humano con lo que es elemental para los animales en el sentido de simplemente ser, existir, y me remito al muy significativo pasaje de su grado en el Parainfo de la Universidad de Antioquia y la forma como relaciona esa experiencia de relación con lo sublime con una paloma.

Arrancaron con el himno “Alma mater de la raza”, así empieza. La Universidad de pie cantándolo, a mi chorreándose las lágrimas y la orquesta del Conservatorio acompañado con esos bajos de tuba que remueven las entrañas y del nido de los malos pensamientos, el centro mismo de mi pobre corazón hacen salir, sale volando, una palomita blanca.¹³

Posiblemente, además de la bruja, el aparte más conmovedor de relación con lo animal lo proporciona el pasaje de la Virgen de los Sicarios donde el protagonista de un regreso abrupto a Medellín se ve en la situación de eliminar un perro que sufre su último tormento en medio de las aguas albañales de una ciudad que ha convertido los cauces de sus aguas en cloacas de putrefacción y muerte.

En ese eliminar al perro agonizante no hay crueldad más que aparente, lo que hay que observar en ese movimiento es una alquímica calcinación extrema, como si se tratara de someter lo más querido y el fondo propio del corazón a prueba de supervivencia, tomar lo más tierno, como la niñez misma, para enfrentarlo al dolor de la conciencia desgarrada de la caída para que así sobreviva con fuerza y lealtad nuevas. Lo animal es en esta obra literaria la vida misma, el germen noble de los animales con grados de conciencia variables es lo que redime la vida humana. En lo animal se encuentra una instancia de generosidad sin reservas, de sencillez, descomplicación que no merece sino admiración y reconocimiento cuando se constatan milenios de torpeza de la especie humana con el río de vida que ha confluído en ella.

Coincide un poco esta valoración de lo animal con las concepciones de un Rousseau quien supo ver en el origen de la elegancia y en la cortesía

¹² *El río de tiempo* p 307

¹³ *El río de tiempo* p 310

el refinamiento de la crueldad, la impostura y la tecné propia de la vida humana. Se aspira a una sabiduría que redima a nuestra especie de su arrogancia descomunal, una sabiduría que lo reconecte, como aspiraba Nietzsche con lo mejor del proyecto vital que la naturaleza ha trazado en el pasado

En medio de una profusión de temas y en una riqueza vital que al ser suscitada distrae y desorienta, toda la literatura de este escritor tiene un trasfondo moralizador y aleccionador, y no porque se quiera mostrar la llaga, sino porque quiere contar cómo esa herida tuvo lugar y cuales fueron los mortíferos emplastos que dieron lugar a una tumefacción adicional y generaron una inflamación de partes vitales del cuerpo social.

Los discursos son parte significativa de la labor de madurez, varios de los cuales ha dedicado a sindicar, desnudar y despotricar de la especie por su arrogancia y estupidez, también en esas piezas de expresión y pensamiento se ha encargado de defender lo animal y mostrar la *hybris* inherente al desprecio que, para poner un caso, hay en el mensaje cristiano y en la visión bíblica frente a lo animal. Esos elementos de este tipo de ensayos pueden ser tomados como una síntesis final, un género relativamente tardío en la actividad intelectual de este escritor donde también con éxito incursiona.

En los discursos emprende un trabajo argumentativo donde de manera lúcida ha hecho expresa esa visión sobre sí mismo, sobre su patria, sobre la familia humana, la procreación, sobre la literatura, sobre el arte, sobre el ser humano, sobre lo terrible y perverso de la forma como no enfrentamos a lo animal interno y externo.

Para FV decir que es de “una sola pieza” no le debe resultar simpático teniendo en cuenta su primera incursión en el arte de la interpretación musical. En un comienzo, bajo la tutela de su madre, se inició con bastante aplicación y éxito correspondiente en la interpretación musical. Pero para los buscadores de infinito la perfección formal es sólo un placebo más o una pobre panacea. ¿Será que hay algo que nos precede y nos impulsa a ir más allá de sí? Este sentimiento de que algo subsiste detrás del ansia loca que la desborda lo expresa bien Par Långervist

*Mi ansia que nos es mía,
Ella es vieja como las estrellas,
Nacida de la nada una vez
Como ellas,
Del vacío infinito*

*El murmullo en el árbol,
El golpe de las olas contra la playa,
La gran montaña allá lejos-
Todo ello despierta mi ansia.
Pero no de nada de aquí. De algo infinito muy lejos,
Algo hace mucho tiempo-
Antes que el mar, antes que la montaña, antes que los vientos*

Lo doloroso de esta primera incursión fue el constatar que quizá esa incapacidad para poner el alma en la música corrobora lo aquí afirmado. Estamos intentando señalar que un manejo suficiente de la forma no lo es todo y ese enorme vacío y esa fuerza que nos precede es la fuente de toda insaciabilidad, de toda búsqueda de lo absoluto. Ni la gramática, ni la lógica podrán saciarnos, son sucedáneos, panaceas ficticias.

Imaginamos que el buscador del absoluto termina alejándose del objeto o de la experiencia y sea entonces válida la expresión en el sentido coloquial “ser de una sola pieza” para describir a quien no tiene mayores fisuras en el casco y además tiene en su cerebro un tema, una melodía, un trozo que como una pieza termina gobernando cualquier lectura o en un sentido figurado permitiendo superar el naufragio y seguir con la navegación.

El aparente cerrar su relación con la literatura no quiere decir que FV hubiera dejado de explorar e investigar, es congruente además con lo ya hecho. Los pasos que ha dado como estudioso de la biología se han orientado a denunciar las falacias de la teoría evolucionista y en particular las imprecisiones de Darwin. Según sus declaraciones sus trabajos más recientes se centran en el reconocimiento de nuevas tautologías ahora en las teorías de Newton y otros autores.

Hay una curiosidad omnívora, una insaciabilidad permanente, un ansia de absoluto, un deseo implacable de ir más allá de sí para superar el propio estado de conciencia. La imprecación, el insulto, la verborrea, el delirio embriagado de la vida con conciencia permanente parecen ser las regularidades más visibles de ese estado del alma, pero si miramos el envés de la hoja lo que podemos descubrir es una minuciosidad a toda prueba, un cuidado fascinado con el detalle, un amplia diversión con su propia inteligencia que como niño precoz ensaya hasta con su proceso vital, incluyendo la risa, la distancia y el permanecer de ciertas simpatías fundamentales.

Para un ser humano de esta disposición se entiende que las formas del arte musical, cinematográfico, literario o los ejercicios de la inteligencia en el ensayo sean solo momentos, pasos, señales que se dejan en la búsqueda de

algo que solo el corazón y su trasfondo místico comprenden. Se ve paradójico que la búsqueda de la flor de Lilolá o la del santo Grial se la haga en ocasiones en medio de improperios, pero los caminos de él son inescrutables y parecieran ajustarse a algunos proverbios del Eclesiastés que dicen que el ojo no se satisface de ver, ni el oído se llena de oír, segamos donde no sembramos, cruzamos un pozo sin atender a que nuestros pasos van por la superficie, la serpiente nos asalta en un lugar distinto donde ha mordido.

5. NARRACIÓN Y DE PUNTO DE VISTA

No hay necesidad de recurrir a sencillas o complejas teorías literarias, psicológicas o filosóficas para encontrar un centro de aglutinación en la obra de Fernando Vallejo. Todos sus esfuerzos con la interpretación musical, con el arte cinematográfico y con el estudio de los poetas y la poesía y la literatura y la experiencia con la literatura propiamente dicha están precedidos por un afán único que parece recorrer su vida: saber, conocer, entender, desnudar su ser, llegar al hueso vivo de la realidad que le tocó vivir. Satisfacer la insaciabilidad, llenar el vacío, reconocer el suelo de la propia desazón, el comienzo de esa ansia que no es exclusiva de alguien en particular sino un legado o fardo de la humanidad.

De muchas formas se puede ilustrar esta pasión por la verdad o mínimo por la “ortodoxia”, es decir la “recta opinión”, pero ninguna es tan patética, ilustrativa e intensa como su relación con la gramática. Hay una calcinante busca de la verdad y la gramática como la lógica parecen ofrecernos una seguridad en medio del vértigo del juego intenso de la lengua. Adherirse a la gramática como verdad última de la lengua y denunciar errores de dicción o de escritura en los demás escritores o incluso anunciadores de televisión o presidentes, es tan inútil como adherirse al derecho como si fuera el núcleo significativo de la acción humana. Es pensar, de manera similar en otro campo, como si la retórica también nos pudiera dar el centro de la verdad del discurso. Pero esta relación desesperada que lo lleva a proclamarse como el último gramático de Colombia y a sentirse hondamente vinculado con esfuerzos titánicos como el de Cuervo no es la expresión de un refugiarse en la forma sino el ropaje que asume lo titánico en él mismo. Lo veremos mas adelante cuando plantee el problema final de la individuación.

La unidad de la obra también hay que encontrarla en un aspecto de ese impulso, de esa pasión por la desnudez y es en el depositar la única confianza posible en lo que yo pueda certificar como observado y experimentado. Soberano el autor, el artista sólo acepta como verdadero lo que el pueda ver directamente, aquello de lo que pueda dar testimonio directo. Ese es el

origen de sus andanadas contra todos aquellos escritores que ha recurrido a la fabulación y a los recursos literarios para darle animación, soplo de vida y de inteligencia a criaturas nacidas de su fantasía. Yo no soy nadie para intentar meterme en la mente de ningún personaje, parece decir FV.

Unidad del punto de vista: "Colombia no tiene perdón, ni tiene redención. Esto es un desastre sin remedio" dicen las dos primeras frases de su estudio sobre Silva. Igual tono, idéntica mirada sobre la mayor parte de fenómenos y de los objetos que llamaron su atención, incluido él mismo: "desde hace años rompí mi pasaporte humano, soy un perro: alzo la pata y me orino en la estatua de Bolívar". Seguramente nuestro autor suscribiría la expresión de Kurt Vonnegut: "Somos animales indignos de confianza, mentirosos y codiciosos". El ser humano, nos dice, es un envenenador, presuntuoso, voluble y acomodable, soberbio, perverso y mezquino. Traidor por excelencia sobre todo de sí mismo. Bueno, dice uno, y lo realizado por este macito del Sufragio, de Boston, Medellín, Antioquia ¿qué?, lo registrado, lo entregado en formas e imágenes que ya hacen parte de nuestro patrimonio cultural ¿que pitos toca?

Me interesa entonces subrayar lo ya dicho: es suya una capacidad indiscutible de sentir y expresar mediante formas literarias o imágenes la propia existencia y el transcurrir del tiempo que le correspondió y los sucesos de la vida y la historia. No es factible encontrar una fractura de ese tono o un ceder en la valoración central, encontramos variaciones y cambios en la intensidad de la acusación o en la intrepidez del desnudamiento. No es ajena esta obra a la ternura que recubre la relación con el padre, con la abuela, con los hermanos y sobre todo con Bruja, pero su signo predominante está en la imprecación, el insulto y el libelo provocador llevado al extremo que entre nosotros han tenido Juan de Dios Uribe o José María Vargas Vila. El material para el denuesto lo proporciona nuestro acontecer como país, este tipo de laboratorio que excede cualquier observador y por supuesto, los representantes concretos de la condición humana.

Y no solamente es la historia atormentada de esta patria, es la historia de la especie, la historia escrita de la humanidad conocida, la serie de los acontecimientos vividos y las figuras que de ella van emergiendo.

Si atendemos con cuidado a las apariciones de esta voz, a la forma como se aglutina el punto de vista con los jirones vamos a ver que una condena al máximo jerarca de la iglesia católica, una imprecación a Cristo o Mahoma es compatible con su juicio sobre los presidentes de Colombia. Si hasta la valoración de sus más queridos poetas, Silva unido en la memoria a la amorosa voz del padre, en las queridas estrofas de "los maderos de San

Juan piden queso 'piden pan' que su progenitor le recitaba o Barba Jacob, no se salva Barba de esas duras críticas. Barba, cuya vida quiso este escritor explorar con minuciosidad, para buscándolo encontrarse. Y es implacable y extremo en su juicio con el poeta de Santa Rosa hasta el punto de insistir tanto más en lo crapuloso vivir que en el permanecer en el horizonte puro de una búsqueda que no quiso casi nunca aceptar versiones finales de sus obras.

En algún caso se observa en el autor, como investigador de la vida de sus poetas más queridos, algo de tozudez, incluso una cierta inflexibilidad, como en el caso de Silva, los contundentes argumentos de Santos Molano no han convencido a FV e insiste en continuar articulando su interpretación de esa supuesta vida malograda en un cuaderno de contabilidad y en un epistolario.

Esa interpretación, compatible con el frágil mito del suicidio y del amor incestuoso, está desmentida bien por Molano al mostrarnos a un Silva caficultor, industrial con futuro, optimista y más astuto que cualquier paisa para salir del enredo que heredó de Don Ricardo con su espera atávica de unos dineros de herencia. Dineros, herencia mágica que como los mensajes al Coronel Buendía no llegaron nunca. Como lo dice Santos Molano, igual que en muchos casos de asesinatos en Colombia, tal vez la verdad última ya no nos la entreguen el tiempo, ni la minuciosa investigación pues los de la fechoría cubrieron con ladina habilidad toda huella. Pero estamos hablando de verdad y también de verosimilitud y de cómo ciertas energías no propiamente creativas obnubilan el impulso creativo y terminan por imponernos las compulsiones que se apoderan de nuestro espíritu. Y no parece ser este el caso de los poetas estudiados por FV ni el de él mismo.

Lo que quiero señalar con cierta insistencia es una unidad lítica en la manera de abordar el tema del ser humano por el autor antioqueño, presentándolo casi siempre, y con pocas excepciones, con oscuras tintas, incluidos estos dos poetas entrañables en los cuales no se indaga tanto el sendero hacia lo sublime y lo armónico sino que se ponderan en la visión esos aspectos crapulosos, mundanos, vitales que recorrieron, toda la existencia en el caso de Barba, o en el caso de Silva, una malicia precoz y un camino un tanto tortuoso entre el comercio como expresión de plutonismo y su labor intelectual y poética.

La unidad del yo, "mi vago yo, fugaz fantasma" es un punto importante, es literariamente tan sólido como la instancia *él* en Kafka y a mi modo de ver le concede a la producción literaria de FV una unidad y una coherencia importantes. Pero no es este elemento sobre el punto de vista desde el cual se narra el que finalmente me interesa. Es la concepción de la naturaleza humana, la visión de la condición humana lo que se convertirá en el eje de

esta exposición. Los juegos con la persona son una muestra de la habilidad de este escritor desde el punto de vista formal y en *La Rambla paralela* hay una muestra maestra de esos juegos, cuyo desentrañamiento prefiero dejar a los dotados de elementos de gramática literaria o de estilística.

Me interesa pues mostrar las aristas de un prisma un poco más complejo. Los elementos de una visión del ser humano que está presente desde la fútil y despectiva visión de sí mismo como un “mariquita de café en mocasines” hasta la especulación más fundada y orgánica de nuestro oscuro futuro como especie.

6. LA VISIÓN DE SÍ

“Condición y figura hasta la sepultura” Refrán popular.

“Barba Jacob es una pasión para mí porque es un símbolo de Antioquia y yo soy profundamente antioqueño”. Fernando Vallejo¹⁴

Se trata de las diferentes versiones sobre sí mismo como manifestación concreta de esa naturaleza humana. No sólo en la literatura sino en mitologías, en las tradiciones orales y en muy diversas fuentes se encuentran especulaciones sobre la condición y la naturaleza humana. Los refranes y el habla corriente están llenos de percepciones sobre todo tipo de situaciones relacionadas con nuestro ser y el contenido propio de nuestra condición humana.

En Vallejo encontramos expresada esa forma de la naturaleza que somos nosotros mismos, presentada en sus textos literarios y en casi todos sus escritos por esa unidad de espíritu y de voz que podemos encontrar en sus variadas expresiones.

Una primera visión, primera por lo remota en el juego de la reminiscencia, el juego de vencer el tiempo, es la que está contenida en la anécdota con el escorpión descrita en *El fuego secreto*¹⁵ y por lo que tiene de retorno de lo vivido a la memoria por la escritura es significativa; le está el escritor hablando a Manuelito, uno de sus últimos hermanos, arrepentido por lo que considera un crimen inolvidable de la niñez: “con ese pecado de mi niñez.

¹⁴ Expresión del escritor al atender una invitación en el Taller de escritores de la BPP, dirigido en ese momento por Manuel Mejía Vallejo septiembre 22 de 1993.

¹⁵ Vallejo, Fernando. *El río del tiempo* p 230-231

Que en lo que me reste de días no alcanzaré a expiar, ahora lo se, me estaba quemando el alma. Porque el alacrán es mi signo, es signo de fuego.” Y la anécdota imperdonable es un juego de niños, un tanto cruel como muchos de los juegos infantiles, cercar un escorpión con fuego para verlo enterrarse en su propio cuerpo el aguijón usado normalmente para la defensa.

No es irrelevante como se explora también esa imagen del escorpión dejándola que fluya en un contexto vivo y febril de imaginaria:

Míralo, Manuelito, dibujado entre la infinidad de figuras o constelaciones que en el cielo forman los astros. A medio camino entre el Triángulo Austral y Libra... ¿lo ves? Son sus estrellas Antares, Graffias, Dschubba, Wei, Sargas, Girtad, Schaula, Jabbah, Al Niyat, Almyat, Lesath. Antares, estrella doble de luz rojiza, gigantesca, que multiplica en noventa y un millones al sol, es el alfa, es la cabeza de donde parten los dos garfios con sus pinzas. En el filo de una pinza está Dschubba, y Schaula tiene en la cola el veneno del aguijón. Mira ahora el Pez Austral, mira la cabra, mira a Sagitario, mira el Escudo, mira al Centauro. En el cielo hay de todo. Hay Leones y Arqueros, Águilas y Serpientes, Saetas y Lobos, pero la más cruel, la más dura, la más infame de las constelaciones soy yo: el Escorpión. Impreso en las oscuridades insondables para la Eternidad

Esa comparación y esa reminiscencia las quiero mencionar en primer lugar porque no son irrelevantes, la idea de cómo quemando a un animal indefenso se quema el alma y la idea siguiente del alma como una constelación. Lo primero me habla de un extrema sensibilidad a lo animal y una conciencia de sí como cruel y despiadado, criminal sin perdón posible; está también la idea de la calcinación como método para avanzar en la vía alquímica que cruza toda la obra; lo segundo es la idea de Platón del alma como una constelación.

Nos dice Platón que si queremos saber de la inmensidad del alma basta observar el cielo estrellado, ese efecto oceánico, ese percibir la inmensidad latiendo en el cielo es resultado de la forma como ese exterior exuberante no es otra cosa que el interior desbordante volcado sobre el cielo, prueba de la existencia del alma para los empiristas más crudos. El alma calcinada por la crueldad, por el fuego aplicado a lo más íntimo y luego el alma pensada como constelación, como organización de cuerpos enormes, brillantes que giran en la noche de lo inconsciente pero por la escritura pueden como estrellas llenar de luz y de visiones el frágil ejercicio de la literatura.

Esta visión inicial de sí me parece luminosa porque además mezcla en alquimia poderosa la imagen de sí como escorpión, animal enigmático,

duradero, figuración de la muerte y forma temprana de la caída, del inicio sexual exuberante y expresión también de las decisiones radicales y extremas. La concepción del alma como constelación, además de su origen platónico y muy seguramente órfico, permite ver ese hilo de comprensión de lo interior que en el siglo XX recuperará el análisis arquetipal junguiano.

Un artista genuino siempre está en contacto fluido y expresivo con su constelación interior y puede dar cuenta de los astros que giran vertiginosos en su sueño, en su febril conciencia, en la forma o en la letra.

A esta primera visión de sí que propongo le podemos agregar otras referencias que forman un calidoscopio voraz e irreplicable como esa unidad, ese sí mismo y su conciencia fáustica que se menciona también en esta obra sobre la volcánica adolescencia convertida en un meteorito de fuego que se consume en el aire fresco de la infancia, esa infancia donde se fue Sandokán, Doc Savage o La Araña.

Pero la infancia de los días azules ha quedado lejos y es de fuego el testimonio que ahora se ofrece, como la visión de sí en medio de un aguacero en el exterior del teatro Granada: "pienso en esta unicidad mía irreplicable con su esplendor infame que no se ha dado antes ni se dará jamás por más vueltas que den los mundos"¹⁶

Además de esa percepción fáustica es visible también en este texto de adolescencia encendida el rasgo esencial de un artista y es el que tiene que ver con la trasgresión profunda de un orden que se subvierte y se destruye, cuando por un momento feliz se ha tenido la conciencia de la propia fuerza, de la soberanía necesaria para afrontar los retos de ser uno mismo, esa conciencia llega como un golpe de viento, una brisa fina de frescura y renacimiento, una nueva manera de verse, de comprenderse que el escritor ha detallado en un párrafo crucial que habla de cómo se emprende el camino en medio de agitadas o serenas olas.

En aras de la claridad precisa consignar aquí, para rellenar el bache de las confusiones, que cuando baje por primera vez a Junín yo había sido un niño dócil, un muchachillo estudioso, comparsa en la ajena fiesta de la realidad. Quienes cantaban era mis padres, eran mis tíos y mis abuelos, y el señor alcalde y el señor obispo y el señor gobernador y el excelentísimo señor presidente... (...) Pero como nada está quieto y todo cambia, todo cambió. Rompió a soplar una débil brisa que refrescaba la cara, que aligeraba el verano, sonó un cascabeleo en las hojas

¹⁶ *El río del tiempo*. p 218

de los carboneros que de tramo en tramo, vanamente, somborean la calle, y los penachos de los plataneros y los sauces que bordean el río se dieron a moverse de derecha a izquierda, de izquierda a derecha diciendo "No". ¿Qué me dicen? ¿Qué me niegan? Yo soy la única verdad, la única razón. Y la suave brisa se fue volviendo viento y el viento huracán y se lo fue llevando todo (...) el protagonista de mi propia vida empecé a ser yo.¹⁷

Esa atmósfera de soberbia soberanía es conciencia exaltada de sí mismo hasta el extremo de que cómo un héroe se crea a sí mismo y emprende una blasfemia extrema, una pregunta furibunda que aparece en *Los días azules*¹⁸ y es una interpelación a Dios como ser omnipresente y contiene una lúcida paradoja que termina afirmando lo que intenta negar, dando muestras de la profunda raíz misteriosa y mística de esta vocación literaria que estamos intentando comprender, el narrador recoge semillas de un eucalipto para adherirlas a su lengua, lengua salada de una blasfemia hermosa pues mas parece piadosa invocación al inexistente: "¿también estás aquí en este pequeño cono que le da su nombre a las coníferas? ¡y en el interior de la tapia donde viven los alacranes?" Y afirma luego con tozudez delirante, retando el poder y a la luz: "Si estás en todas partes no estás en mí: Tú eres la luz, que es un desorden; yo soy la estática oscuridad. Manda un rayo ahora de tu omnipotente cielo que me destruya de suerte que la suprema prueba de tu existencia sea mi odio" Prueba rotunda del "místico blasfemador" que desde su primera infancia enfrenta la razón teológica incuestionable de la voz del abuelo en solemne verraquera, "que es una rabia especial propia de los antioqueños", con el apoyo de la madre.

Ese solemne describirse en ciertos pasajes como los ya citados no excluyen visiones de sí descarnadas y crueles con el narrador como en *Los Caminos a Roma* cuando se compara después de tanta vida pasada con su padre y se reducen mutuamente en el hilo de la narración a la mas esquemática simplificación: Que somos padre usted y yo después de tanta parafernalia, diplomático, senador, notario el uno, músico, cineasta, escritor el otro, para venir a chutarse la "pelota de la gloria desinflada, como una chancla" por cosas muy terrenas y tangibles: "Yo cambio el corcel de bronce de la fama por un muchacho: él por unas vacas (que se puedan ordeñar). Así que vamos directo a lo que vinimos, a lo que nacimos, a lo que somos: él a finquero; yo a marica de café"¹⁹

Cómica la reducción de la vida al absurdo y este es un signo descarnado del espejo en el cual el narrador del RT se ve. Esa ironía extrema que se

¹⁷ *El río del tiempo* p 181.

¹⁸ *El río del tiempo* p 114

¹⁹ *El río del tiempo* p 385

aplica a sí y a los demás está muy claramente ilustrada con la relación del acto de su grado²⁰ de bachiller en el solemne recinto del paraninfo de la Universidad de Antioquia, donde recibe su grado de bachiller de manos de su padre, quien por su presencia incidental en el acto pero crucial para la literatura de estos barrios del oriente ha sido invitado a la mesa principal, al lado de autoridades civiles, militares y religiosas. Esa escena donde se roza lo sublime en la forma de una paloma es concluida con la marcha del narrador, para luego salir corriendo con el diploma y hacerle la última e indispensable refrendación con el sello de la farmacia de la esquina. Iconoclasta, incrédulo, impugnador de la institución con todos sus poderes: la religión, las armas, el derecho que son así equiparados en su futilidad interminable con el sello extraviado de una farmacia que lo utiliza para sus refrendar las calidades y la originalidad de las facturas.

La irreverencia y el desparpajo no nos pueden alejar de una filigrana hermosa y rica que está en la base de este místico blasfemador, él ha sido percibido mas como blasfemador insultante, palabras como metrallas como dice Reinaldo, y se olvida lo que aquí quiero recordar sobre el impulso místico de este blasfemador, impulso extraordinario y vigoroso que también he intentado comprender como expresión de lo titánico en la individuación.

En esta ocasión ampliamos el trazo sobre lo místico, la dimensión titánica la hemos desarrollado a propósito de la idea de individuación.

Lo místico ha sido objeto de diversos estudios, en general suele asociarse a la actividad espiritual que conduce la actividad hacia un contacto con lo divino por muy diversos medios, desde la contemplación, la ascesis hasta el amor o incluso la trasgresión, el rencor concentrado en un punto de la corriente.

La esencia de lo místico prefiero pensarla de una manera más amplia en relación con la etimología de la religión como movimiento de religación, de reunión de lo que se está escindido o separado. Impulso místico y religioso tiene esa misma funcionalidad desde el punto de vista de la naturaleza humana y son entonces místicos los gestos de reverencia al sol que el niño salvaje de Aveyron realizaba estando bajo el ojo de Itard y es también místico el impulso de Santa Teresa que la lleva a poetizar: "Muero porque no muero". Ese afán por recuperar lo perdido y superar la separación que tenemos frente a la naturaleza, la vida o nuestro más poderoso interior es místico. La búsqueda del ser, la dedicación de toda una vida a buscar la realización de la idea de justicia o de libertad, el esfuerzo por lograr una expresión cabal y completa de sí y la consagración a labores que le asignan

²⁰ *El río de tiempo* pp310-312

sentido total o parcial a la existencia o sus trozos es místico. La permanencia en un punto de vista, el no ceder en valoraciones o ideales, el tomar mi propio proyecto vital, mi yo, mi conciencia como único árbitro son resultados de un impulso místico que está vinculado a nuestra estructura psíquica.

La búsqueda de esa unidad perdida, el mantenerse como el capitán de *El corazón de las tinieblas* en un horizonte de frescura juvenil y capacidad de enfrentar los dilemas de la vida, con una dosis de coraje indeleble, es parte de esa actitud que se corresponde también con nuestro escritor. Lo que él lee en Rufino José Cuervo y su proyecto descomunal de un régimen de construcción de la lengua española, apenas recientemente concluido, lo que ve de sí en Lorenzo Hervás y Panduro, sacerdote jesuita que emprendió la tarea descomunal de resumir la Idea del universo en veinte tomos, incluyendo el catalogo de las lenguas conocidas ("Trescientos registro usted de las que compuso las gramáticas de cuarenta") un desmesurado de su propia talla, lo que no pudo realizar en la música y tampoco en el cine, lo que lo llevó a la literatura y lo que lo hizo abandonarla para examinar ciertos productos de la inteligencia es eso mismo que intentamos describir. Frustrado este impulso también el resultado fascina a Vallejo, porque lo místico busca su realización y su completación total y el delirio creativo de don Roberto Pineda, a modo de ejemplo, con sus veinte sinfonías, tres conciertos para violín y piano, muchísimas obras sueltas y su obra máxima OEdipus Rex orquesta de doscientos instrumentos y coro, con una duración de dos días y medio... Globos descomunales echados al viento, porque era sordo don Roberto y componía desde un conocimiento de los registros y los pentagramas insuperable.²¹ Un poco lo mismo que le toco vivir al propio autor antioqueño cuando recuerda su incursión en el piano, y su reacción después de "el primero, el último y misero concierto" que estremeció al auditorio y puso a su profesora italiana al borde del éxtasis, pero él no se dejaba engañar por su propia perfección formal, tan fácil y menos por sí mismo y sabía que después de percibir esa falta de capacidad para poner su alma en el teclado, Mozart se quedaba sin continuación. Este abandono del piano y del cine, también ha tocado su relación con la literatura y podríamos citar páginas de una belleza formal extraordinaria que para él parecen significar muy poco, pues su ansia de infinito va como en el poema de Langaervist más allá de sí mismo.

Ese tipo de desmesuras, esa dedicación más allá de todo sentido común, el emprender tareas gigantescas con la frescura de quien corta un lirio en su jardín habla con rigor de un místico de la acción y de la búsqueda, alguien que ama la dificultad y emprende lo imposible: "No nací para repetir lo

²¹ *El río de tiempo* p 305 ss

que escribieron otros". En este escritor un impulso libertario sereno, soberbio, absoluto. El profundo conocimiento de sí, el desasimiento, la independencia extrema, volverse en fuego y aire, retornar al cielo como un turbión voraz que lo arrase todo, pasar la vida como una exhalación, como un vuelo de gallinazo cruzando el firmamento:

Hijo de la gran puta quien me meta en un ataúd y a mi libertad soberana. Que lo que no ató el tabú, ni el amor, ni el dogma lo dejen libre, que se aniquile libre sobre el montículo agreste adonde puedan bajar compasivos, piadosos, voraces los gallinazos. Entonces podré volar. Me iré con ellos en su vuelo ancho, plácido, el más espléndido que surcará los aires, que soñarán mis sueños, vuelo negro, preciso, contra mi cielo azul²²

Eso es lo que en el Caribe se denomina buscar el ojo quieto del ciclón. El extremo dinamismo de una vida intensa experimentado como un ansia de ir siempre "¡Al corazón del tornado!"²³.

Esta expresión la llena de sentido la búsqueda de la expresión, sin importar mucho el medio y después de una asimilación cabal de la técnica correspondiente, un sentido complejo del autoconocimiento, una disposición extrema a saberlo todo, herencia valiosa de las clases de don Nicolás Gaviria, marca mayor del sabio, igual que el tío Ovidio, quien inculca con el ejemplo una avidez de saber y de conocimiento sin límite y sin orilla.

Y después de toda esa luminosa abundancia practicar un descarnado mirarse por reducción al absurdo y definirse como "mariquita de café", profundizar en el auto desprecio, no tomarse en serio aunque la vida se la tome como el reto mas profundo y total. "¿Y yo que soy? Un infeliz, un desgraciado. Un pobre diablo al que le dio por la filosofía, en un idioma farandulero, que para tal fin no sirve"²⁴ Pero hay que seguir en la exploración descarnada, en la etnografía interior, en intentar lo imposible para hacerlo posible, ya sea siguiendo el cortejo de un pensador original como Fernando González, o rastreando hasta el deliro los pasos de un poeta como Porfirio, para poder al encontrarlo encontrarse y descubrir que se ha escapado, como se nos fugan las ideas complejas, una película, una obra nunca vista, apenas soñada y extraña a cierta parte de nuestra mente.

La raíz vital de la actividad investigativa de Vallejo está en esa capacidad de remover el cielo y la tierra para encontrar una brizna, un puñado de señales

²² *El río del tiempo* p 265

²³ *El río de tiempo* p 258

²⁴ *El río del tiempo* p 220

que me permitan saber qué soy yo, esta carne que se deshace con el tiempo, este conjunto de fuerzas y destellos que no parecen conocer el sosiego sólo, por momentos, la calma.

7. EL INELUCTABLE COMIENZO

¿Cuál es el origen de todo comienzo? ¿Cómo fue que empezó todo esto? Esa pregunta por la génesis de un estado mental no es exclusiva de una mirada psicológica, también la antropología y la historia nos pueden ayudar, pero en esta investigación no hemos ido a esos hilos donde una historia familiar, un lugar en el grupo social, la participación en un momento histórico y el mamar una cultura nos den pistas o explicaciones. Tampoco en este caso el útil método fenomenológico inventado por filósofos nos dará los horizontes.

Queremos atender a los hilos del texto, a lo narrado, a lo registrado. En este caso los documentos escritos, el registro no solamente de la imagen, sino de la palabra, constituyen el texto mismo. No tanto las entrevistas en las cuales el autor es cáustico y preciso y pareciera querer conjurar el infame juego de la lengua por el cual no solo periodistas o pseudo intelectuales te ponen a decir lo que ellos quieren, es la propia lengua jugando su juego, diciendo sus cosas, las que en ocasiones pensamos que fueron pronunciadas por un delirante, un loco desconocido en el cual no se reconoce uno. Atendemos a los documentos editados que por decirlo así han salido de sus manos con consentimiento.

Las entrevistas y las declaraciones ocasionales son tal vez el último extremo de un hilo que se empieza a hacer público con *Logoi*. De este libro se ha dicho que sería imprescindible en el escritorio de todo aprendiz de escritor y el propio autor lo ha mencionado como una manifestación mayúscula del humor negro al intentar mostrar que la lengua literaria, al contrario de lo que sus practicantes creen, en el sentido de ser el reino de la creatividad y el lugar por excelencia para la originalidad, es el territorio del lugar común y del cliché

Y en este proyecto general que significa *Logoi* se la ha definido como "una gramática del lenguaje literario". *Logoi* quedó consagrado al ser incluido desde su primera edición en 1983 en una de las colecciones mas exigentes del Fondo de Cultura Económica, al lado de clásicos de los estudios literarios del siglo XX, en esa colección se dan cita Erich Auerbach, Albert Beguin, Gustave Cohen o Georges Dumézil.

Se trata en el caso de *Logoi* no sólo de una sólida obra con eruditos conocimientos de lo que se ha llamado “la cuestión homérica”, del griego y de la historia de la gramática griega; también se muestra un amplio y detallado conjunto de ejemplos en francés, italiano, inglés y latín de lo que constituye su objetivo manifiesto: Mostrar que la lengua literaria está conformada por un léxico y unas preformaciones sintácticas que constituyen su “idioma”. Nada se inventa y ya todo está dicho, lo que hacemos es repetir formulas consagradas cuya tradición de consolidación se remonta a los poetas épicos griegos hace 30 siglos.

Logoi ha sido descrito por el mismo autor como una ironía, como un gesto extenso de humor negro; el esfuerzo por mostrar que la literatura y el lenguaje literario son el espacio del lugar común y del cliché. Un fin perverso si lo miramos así solamente. Pero obsérvese que toda la obra literaria que se inicia con *Los días azules* pareciera nacer, no solo cronológicamente sino efectivamente, de ese mar de desesperanza en la búsqueda de la originalidad que se ha vadeado en *Logoi*. A mi modo de ver la literatura que escribe Vallejo, el esfuerzo que va a realizar al interior de la literatura propia parece estar enraizado en el mismo epílogo de *Logoi*:

En toda lengua que posea una literatura el punto de referencia para determinar que pertenece a ésta es específicamente el habla. Y tanto en cuestiones de vocabulario como de morfología, sintaxis o recurso expresivos. Forma escrita y forma hablada han diferido siempre, si bien no siempre en la misma medida: en los tres milenios de historia literaria en Occidente muy diversas relaciones se pueden constatar entre una y otra modalidad en los diversos idiomas.

Enumera luego varios casos en los cuales esa relación ha tenido movilidad e interacción: uno, el del latín de los primeros siglos del imperio que llegó a una profunda separación en los tiempos de Suetonio para concluir en la época del cristianismo a recorrer un camino inverso bajando el habla culta para recoger los pregones y las formas del habla vulgar; un segundo caso sería el del mismo latín como lengua culta coexistiendo con las lenguas actuales inglés, alemán, español; un tercer caso el del surgimiento de las lenguas cultas en el seno de los procesos históricos sociales de la Europa medieval; un cuarto caso sería el del hebreo resucitado como lengua nacional por los judíos después de estar conservado como depositario y forma de una larga tradición cultural y religiosa revivir para darle identidad a un pueblo de diferente composición: “una lengua muerta desde hacia más de dos milenios, que persistía en unos textos escritos, se convirtió entonces en una lengua viva, con sus dos modalidades.: escrita y hablada” *Logoi* p 536

El último ejemplo puesto a consideración sobre estos acarrees entre lengua hablada y lengua escrita es en el que se inscribe la serie del *El río del tiempo*.

En fin, el caso de la reciente novela latinoamericana, cuyo fenómeno más notable es el de la elevación del idioma hablado a idioma escrito. (...) El lenguaje coloquial con su desorden y su encadenamiento fortuito de las ideas, pasa de los diálogos al relato y se apodera de la novela entera.

Por supuesto que es oportuno reconocer que FV no ha intentado hacer novelas, “genero negado a Antioquia” aunque *Frutos de mi tierra*, de Tomas Carrasquilla sea la primera respuesta deliberada a la idea decimonónica, convertida en un reto entre contertulios, de que en Antioquia no se podía escribir novela; por su parte *El río tiempo* y la escritura que ha practicado nuestro autor se inscriben con todo el riesgo de la situación en esa tarea titánica de llevar el habla de Antioquia a la escritura literaria.

Es paradójico, por decir lo menos, que un libro que pareciera reducir la literatura a un aprendizaje consciente o inconsciente de las ortodoxias sintácticas, morfológicas y semánticas hubiera dado nacimiento a una de las experiencias literarias más intensas de los años ochenta y noventa del siglo pasado. Pero vamos a nuestro asunto que no es el de la génesis del hecho literario sino el de la visión de la naturaleza humana presente en esta escritura vigorosa.

Primer asunto, en *Logoi* hay una visión sobre nuestra naturaleza y no es lejana a la que se formaron Bastian, Boas y los primeros antropólogos quienes junto con los filósofos empiristas y racionalistas fundaron la idea de la existencia de una unidad de la naturaleza humana o también de una homogeneidad de la especie. Bastian hablaba, algo hastiado tal vez, de la “terrible monotonía que era visible en la conducta humana” luego de décadas de observación.

Si los pensadores europeos y principalmente franceses más significativos de la primera mitad del siglo veinte insistieron por el contrario en la singularidad, en la diferencia como el asunto crucial del arte y de la experiencia humana, nos preguntamos: ¿dónde queda este enfoque que nos reduce a nosotros y a nuestros productos a una cosa que sólo varía de manera intermitente?

La respuesta de *Logoi*, en el terreno del estudio de unos de los aspectos de la cultura humana, como es la literatura, es que a ella no contiene la singularidad y la diferencia sino la repetición. Pero no en todos los casos. Y la experiencia literaria de FV es un ejemplo incontestable. Podríamos hablar de literaturas arriesgadas y genuinamente creativas y de la existencia de un

movimiento de clara renovación en el arte y es el instante de trasgresión del canon. *El río del tiempo* y los demás libros de Vallejo entrañan, en esta dirección, una deliberada ruptura con el canon y el modo tradicional de construcción de la obra. Por ello sus estudios sobre Barba y Silva pueden ser exhaustivos y minuciosos, hasta el límite de la fatiga, pero son al mismo tiempo arrolladoramente personales y únicos. Sus hipótesis y puntos de vista no están sometidos a contrastación ni a discusión, son expresión de una forma de ser y de mirar que no es negociable y mucho menos resultado de consenso alguno.

Este núcleo de la obra es significativo y entraña una paradoja que podemos denominar esencial. Lo que se propuso FV en *Logoi* fue mirar la literatura desde "el reverso de la medalla" y entrar a considerarla "como el reino de lo recibido, como el vasto dominio de la fórmula". Así *El Quijote*, libro que según las tradiciones de la preceptiva literaria o del análisis del discurso como los de Foucault nace de los libros, sería una expresión de ese procedimiento, a diferencia de otra literatura, la que nace de la vida, de la rebeldía suprema, del intento por llevar el habla de la calle a la expresión culta. Manera como la literatura se ha vitalizado desde siempre, pues no es exclusivamente fortaleciendo el canon como crece el arte, es encontrándole caminos nuevos a los acarreos desde lo vital hacia lo formal como se renueva.

Este dilema lo podemos encontrar como una polémica que implica la forma como comprendemos la vida y la obra de creadores como Malcom Lowry. Él parecía profesar la creencia de que sólo se podría hacer arte sublime y de calidad desde una experiencia vital álgida e intensa. Su modelo parece haber sido, entre otros, el mismo Joseph Conrad, pero ahí están los críticos para intentar corregir el panorama de la generación de la obra de arte y reducirlo a mero estudio y práctica del canon. Pero la realidad de la creación artística, y en nuestro caso la experiencia literaria de FV, parece refutar este último punto de vista y por el contrario darle la razón a quienes como Nietzsche piensan que el arte es estimulante de la vida y el arte significativo nace siempre de la vida. Tampoco podemos desechar la idea de que todo esto sea un falso problema y solo el arte genuino posea esa doble condición de reconocimiento y uso del canon y lugar donde la vida se despereza de su silencio y su letargo sin conciencia.

Somos esta lengua que nos funda, esta palabra tejida que nos da lugar y nos da un lugar en el cosmos que ella misma inventa. ¿Pero y el tejido, la urdimbre nos excede? ¿Somos simples marionetas de una gramática ineluctable, de códigos que nos preceden y gobiernan? Será más realista observar y ver que nos distingue el no y el sí que oponemos a las situaciones. No es vano orgullo pero somos mas que marionetas que responden a una orden,

nos oponemos a la naturaleza, no claudicamos en ella y una buena prueba es este río de la lengua que ha desatado Fernando Vallejo.

Una cosa pues es lo afirmado por el autor y pasaría *Logoi* a ser uno de los capítulos mas detallados del humor negro, otra es mirar su propia experiencia literaria e intelectual en la trama de sus juegos, de su profunda curiosidad y prisma de temperamento, salpicado todo de una burla a la necesidad de asideros.

La visión de la naturaleza humana aquí es rotunda: hasta cuando hablamos lo más íntimo somos un lugar común, una parodia interminable, el centro de un secreto ya sabido, la ejecución monótona de una partitura que se sabía desde el principio de los tiempos. Pero repito, aquí en sus textos está la negación de la dura hipótesis inicial que queda expuesta en su relatividad, en la parcialidad de su horizonte, conquistado por el contrario por una novedad: el habla de la calle entrando gozosa a la academia, desordenando escritorios, borrando memoriales y artículos de ley rancios que intentan siempre refutar el más sencillo juego del cuerpo, cantar, contar, reír con la palabra que salta del fogón hasta la mano o tal vez quemarnos sin saber que el fuego del odio sólo se extingue con saliva de una lengua enamorada.

¿Enamorada? ¿Con rabia, con furor? El odio y el furor cada uno salen a buscar su caballo, nos recuerda el poeta cubano parodiando a Platón en el Fedro. Ningún caballo representa a Eros. ¿Donde está Eros en la metáfora del auriga expuesta en ese diálogo? ¿Será que sólo somos un diálogo sordo de fuerzas que se ignoran o habrá algo que aglutine la acción y los elementos, que los ordene y les de fin. Cierto?-

Cantar el horizonte y reducir al mínimo los asideros pareciera por momentos la insignia de este escritor y ya tendríamos una modulación al tema de la importancia de la gramática. Lo único importante de nuestra partitura, parece decirnos, es que es mínima, puede convertirse en canto gregoriano o leyenda vallenata, berrinche o discurso político.

Logoi entraña pues una versión inicial de esta fértil paradoja, estar en una paradoja es estar en el centro de la vida, sometido a tensiones que no resuelve la lógica ni la gramática.

Somos una animal paradójico porque nuestro acervo entraña lo que podemos interpretar como prescripciones, preformaciones, preprogramaciones que parecieran determinarnos ciegamente, pero finalmente hay un hilo de libertad, podemos decirle no a la naturaleza y podemos hacer de la partitura una guía lejana en la cual sea difícil reconocer, como en las interpretacio-

nes de "Cuadros para una exposición" de Musorwsky la de Emerson, Lake and Palmer o la de otros interpretes más ortodoxos. Hay una sintaxis que nos precede, el lenguaje ya está hecho cuando llegamos, pero con él, como muestra FV con las obras que ha escrito desde *Los días azules*, construyo mi mundo, accedo a mi intimidad, vuelvo a plantear las preguntas cruciales y puedo, como el soberbio Luzbel, volver a inventar hasta mi propia circunstancia.

8. LA VIDA QUE NOS CONTIENE

Cuál aspecto de la condición humana en general se manifiesta en los textos y cuál es visible en la experiencia humana que afronta la obra, dos problemas diferentes. El primero corresponde a la visión del autor registrada en los textos; el segundo es mi percepción de la cultura, de la humanidad y de este proceso creativo en concreto. Puede en este segundo sentido afirmarse que el impulso y los valores que han dado lugar a la obra sean diferentes a la doxografía diseminada en los textos. Un autor piadoso puede dar lugar a obra impía y viceversa. ¿Caras de una misma moneda? ¿Dónde están las intenciones? ¿Cuál es el sentido? Esas son cuestiones que aquí afrontaremos después de continuar mostrando la imbricación de los textos y simultáneamente leyendo impulsos y valores no inmediatamente visibles.

Un impulso pío puede bien convertirse en una insolente y soez andanada contra los mercaderes que invaden el templo, ese mismo impulso puede llegar a expresarse como conmiseración a los vendedores de pilas y otras baratijas en el atrio del mismo templo. Conmiseración por el olvido y tergiversación perversa de nuestras potencias animales puede volverse imprecación contra el conjunto de la especie y observación de que lo realmente virtuoso está depositado en los pobres animales que nos soportan.

¿Puede llamarse impío o maldito un artista-narrador que es capaz de encontrar como en *La Virgen de los Sicarios* a Dios en los ojos de un niño drogado con pegante ("ensaculado") que se encuentra al salir de la casa de té llamada Versalles? Ese mismo observador que en esa obra, la más piadosa salida de su mano, es capaz de encontrar el amor y el núcleo y motor de la vida en los ojos de un perro agonizante no puede ser comprendido como maligno. Por lo demás en toda la obra hay una visión nada distante de la que Francisco de Asís era capaz de ver en los animales y en lo animal de lo humano el último reducto de una redención posible. "Es que los animales son el amor de mi vida, son mi prójimo, no tengo otro, y su sufrimiento es mi sufrimiento y no lo puedo resistir".

La visión que hay de lo divino en esta obra es por lo demás muy interesante, se trata de uno de los tantos retornos a Medellín, a buscarse, a encontrarse desgarrado en las iglesias: "Dios aquí sí se siente y el alma de Medellín que mientras yo viva no muere que va fluyendo por esta frase mía..." "Hace dos mil años que pasó por esta tierra el Anticristo y era él mismo: Dios es el Diablo"

Pero no es la hora de los balances o de las conclusiones. Más bien quiero indicar que los preconceptos y los lugares comunes nos desvían y en el estudio de textos no nos dejan leerlos y debemos por el contrario dejarlos hablar, no porque tengan una verdad última sino porque es de esa manera como alentamos y damos lugar al diálogo inherente a la cultura, por una parte, pero por otra es también el dejar hablar a la obra de arte lo que nos entrega la alteridad, el otro en toda su dimensión retadora.

Se trata no solamente del otro que encarna el artista y su visión, más importante es asimilar a través de la obra de arte la genuina alteridad de la cual se nutren ciertas obras.

El arte tiene esa cualidad que no poseen otras dimensiones de la cultura. La ciencia, por ejemplo, aunque le gusta el mundo de la predicción, no las arriesga o sólo se aventura a ellas si están enteramente ajustadas a los presupuestos de teoría que ella contiene. El intelecto por fuera de los rigores de la metodología de investigación científica puede ser muy libre y puede jugar a la ciencia ficción, a la literatura de anticipación tipo Julio Verne pero no representa un posibilidad de encuentro con lo otro y los otros considerándolos en un plano de igualdad y equivalencia. El Intelecto es arrogante.

La filosofía puede ser sindicada de prácticamente todo lo extremo en este orden de ideas, ya los griegos que la inventaron la vincularon con el búho, ave que parte en vuelo al anochecer cuando ya han tenido lugar los sucesos del día. La mas cauta de las expresiones del intelecto no se arriesga salvo en pocas ocasiones a mirar el futuro o lo no pensado y se ha venido en el siglo veinte a preocupar con el problema de la alteridad, pero escúchese bien se pre-ocupa. No se ocupa genuina y orgánicamente con el asunto. Más realista e imaginativa la prospectiva pero sus roces permanentes con la utopía y el ser fragua perenne de la élite económica la han hecho irremediabilmente exclutoria y cruel. En sus fotografías del futuro nunca hay trazos de los excluidos del planeta.

Una estrategia real para pensar y considerar el otro, por lo menos desde su enunciación programática en Rimbaud, la encontramos en el arte. En el arte, y más en ciertos artistas que en otros, encontramos esa inclinación

generosa y amorosa hacia lo diferente. Vuelvo a *La Virgen de los sicarios* y su sentimiento de piedad profunda con los niños y los animales y encuentro ecos de lo mismo en otra expresión artística que entre nosotros ha afrontado el mismo reto y es la labor cinematográfica de Víctor Gaviria, en particular *La vendedora de rosas* tiene inculcables afinidades espirituales con la obra literaria de FV que menciono. El asunto son los niños, los niños desamparados de la calle, niños con los cuales se convive, se hace cine o literatura con ellos, hombro a hombro, compartiendo vicisitudes, incorporándolos decididamente a la visión del mundo, dejándolos hablar, implorando su frescura en el desgarramiento y la caída.

Busco en nuestro arte reciente y no veo dos ejemplos más patéticos de incorporación real del otro. No es la mirada de quien cruza rápido por la calle Amador para ver desde la seguridad de su automóvil el espectáculo dudoso de formas de vida extremas que se encuentran en el Medellín de principios del siglo XXI. Es una actitud que incluye al otro de manera compleja pero decidida. *La virgen de los sicarios* y *La vendedora de rosas* son dos obras piadosas en el sentido orgánico del término. No pueden engeguernos sus muertes violentas que no dejan escuchar las plegarias que las cruzan y que Fernando Vallejo resume: "Virgencita niña de Sabaneta, que vuelva ser el que fui de niño, uno solo. Ayúdame a juntar las tablas del naufragio" (VS 31). En la película de Víctor Gaviria es la imagen de la abuela y sus transfiguraciones en virgen auxiliadora las que cruzan el delirio tóxico de la protagonista. Esa invocación que el narrador de la Virgen hace tiene un eco incontestable en las visiones de Mónica. La llamada es a la madre, la abuela, la mater, la virgen, la diosa, blanca, negra o india.

Una invocación reveladora de lo que se juega ya no solamente en estas obras de nuestro arte sino en el destino de nuestras culturas latinoamericanas. Y en el destino de la cultura occidental, agregaría Robert Graves. Quien piensa como poeta que lee la cultura que lo que no ha ido bien en occidente es el predominio de estructuras patriarcales que redujeron la presencia de lo femenino y su poder al mundo de la creación poética²⁵.

La represión de lo femenino no es un asunto exclusivo de enfoques propios de movimientos de liberación femenina o de caprichosa crítica poética, ya los estudios de antropología e historia económica, para solo mencionar solo dos, suscriben ese punto de indicar una exclusión o fuerte represión de lo femenino en la sociedad y en la cultura a lo largo de la historia

²⁵ Graves Robert. *La diosa blanca y Los dos nacimientos de Dionisos*

La invocación a la Virgen Auxiliadora de Sabaneta y las imágenes mencionadas de la película tiene un contenido arquetipal que no dejamos de señalar. La pregunta es si los seguidores de María más públicos y que se define como Legión desde hace algún tiempo y en forma algo agresiva y combativa obedecen a ese mismo impulso que identifica en eso arquetipal femenino lo único bueno que queda o puede ser invocado a la hora del riesgo, de la disgregación que nos impone la experiencia compleja o cualquiera de las figuraciones o de los elementos reales de la muerte.

Esa estructura parental que podemos denominar genéricamente "mater" es seguramente parte de nuestra naturaleza humana y se forma, si le creemos a los etólogos y a los psicoanalistas, en nuestras relaciones, en primer lugar, con la madre y, en segundo lugar, con lo femenino que nos circunda, psicólogos arquetipales sostienen incluso que los aspectos femeninos o maternales de las figuras masculinas a nuestro alrededor también entrarían a formar parte de la dimensión ánima de nuestro ser. Y en casos extremos su invocación trae remedio.

En las concepciones androginales del ser humano la capacidad comprensiva depende del ánima, la ductibilidad frente a lo anómalo y lo monstruoso, la receptividad frente a lo nuevo, el halo protector que se da sobre lo naciente sería parte de ello. Se entiende porque sin un ánima vigorosa no es posible ser receptivo, sentir lo animal que sufre y sucumbe bajo bota feroz armada de espuela, cargada de espadas.

El otro no es por ello visible sin el concurso de esa fuente de la sensibilidad. Según ese mismo mito androginal el ánimus es capaz de operaciones frías y rápidas, de él dependen la determinación, la persistencia en un horizonte pero desde él lo diferente es instrumentado y reducido a cosa o número. En pocas palabras es la "mater" la que es capaz de lidiar con el alter. Y un puer agradecido sabe darle la voz al alter y hacerle un altar a mater y mamarles gallo a todos burlándose de Lía. Bueno esos son los rendimientos de la literatura. En nuestra corte interior, ya muy amplia por el paso de los siglos y la complejidad creciente de la mente no es un simple ascenso de escalinatas, pues en esta corte no se trata de hacer rey al rey, sólo se trata de entregar un pequeño mando a nosotros.

Pero resumamos diciendo que la gracia nace de darle la voz al otro, niño, mimo, bufón, expresidiario o presidiario, sicario o vendedora de rosas. Sicarios y excluidos parecen entonar un coro que es de los condenados de esta tierra que por el arte toman la voz para decimos el túmulo de injusticia y crueldad sobre el que estamos parados.

Esta visión de alteridad ya está anotada y esa dimensión noble y generosa del ánimo en el alma del artista es visible en signos y sentidos cuyos límites y complejidad de expresión y de detalle se nos escapan. Los procesos de construcción de identidad en la narración, e imagino que en el cine, también entrañan una paradoja muy fuerte, se es idéntico a algo negándose, los procesos de producción de identidad a través del arte entrañan la propia negación por aceptar el otro. Hay una cierta negación inherente a la identificación con el otro. Creo que muchos boleros lo dicen mejor que estas líneas. "Aunque me cueste la vida, sigo buscando tu amor".

El otro, lo otro, esto mismo que somos, la vida que nos contiene, finalmente, es visto en toda la obra de una manera radical, como una fuerza mayor, un río, un magma sagrado en el cual somos burbujas efímeras que surgen, se expanden y desaparecen. Río hirviendo, que poco podemos modificar. Se ha superado así toda falsa teleología, todo antropocentrismo, para observar como corren las aguas inmemoriales de una sustancia que nos impregna. Lo excluido también es la visión teológica sobre el ser humano, no vamos para ninguna parte y nadie nos espera. Aún más: la vida no es más que pura metáfora para intentar comprender eso que pasa rumoroso en nuestro cuerpo y en nuestro exterior. No vamos pues para ninguna parte y no estamos en nada distinto a este puro existir. No nos dirigimos hacia nada y no hay sentido en todo este movimiento vertiginoso y puro. A no ser que creamos que vamos, opina FV, hacia una complejidad mayor. Cito un par de párrafos de *La tautología darwinista* que resumen bien esta apreciación en toda su crudeza:

La vida es contingente e inútil: puede existir o no existir, y como sea hacia una complejidad creciente no va hacia ninguna parte. La complejidad creciente, que por lo pronto ha llegado al *summum* en el hombre, le disimula un poco la inutilidad pero no se la borra. Por lo demás la complejidad creciente es característica exclusiva de unas cuantas ramitas del árbol, de las que van empujando hacia arriba mientras el árbol continua abajo igual, igual a sí mismo, a lo que ha sido siempre. Por eso al lado del hombre hoy existen las sulfobacterias termófilas, que a mi me gusta considerar idénticas al pregenocito, ese antepasado común de todos los seres vivos actuales (...) Y perdón (...) por la metáfora tan choteada del árbol. Las metáforas y las comparaciones sólo sirven para embrollar las cosas. ¡Si tuvieran las metáforas la solidez de los árboles! Pero no, son castillos de naipes. Con sólo mirarlas uno para analizarlas se viene abajo. Y a propósito, aunque los árboles sean seres vivos el árbol de la vida es una mera elucubración.²⁶

²⁶ "El despilfarro biológico" en *La tautología darwinista*. Bogotá DC Revista Número Ediciones, 1999, p 327

Esta crítica radical de las metáforas, de todas las metáforas, es también radical, extrema, parte de su ser una interrogación insultante, paradójicamente se ve este aspecto en quien le ha dedicado la mitad de su vida a las palabras. Pero hay una intransigencia que no cesa y lúcidamente sabe que hay un saber profundo que nada acepta y que tampoco necesita palabras. Del mismo conjunto de ensayos vale la pena resaltar, a propósito de la relación con la vida, este acto de desconfianza perfecto en el lenguaje:

El lenguaje es inasible y cambiante. Hoy una palabra significa una cosa; mañana podrá significar otra. Hoy se pronuncia de un modo; mañana se podrá pronuncia de otro. Para que se nos escapen irremediabilmente y nos puedan entender los hombres del futuro, pretendemos fijarlas en la escritura. Es una amable ilusión. Con el correr del tiempo, esas palabras escritas no son más que moldes vacíos, fósiles de seres vivos que ya están muertos. ¿Quién entiende hoy el griego homérico? ¿Sus inasibles matices? Los que resultan, por ejemplo, de contraponer el idioma literario con el de todos los días. Leyendo hoy *La Ilíada* y *La Odisea*, ¿Cómo saber como era el griego hablado de su tiempo? Y no sólo nos vemos en problemas para entender los hombres del pasado; nos vemos con problemas para entender los del presente. Hoy y aquí un concepto se puede expresar con distintas palabras; y una sola palabra puede expresar distintos conceptos: tiempo en español significa el tiempo atmosférico, pero también "la materia" de que está hecha la eternidad. El lenguaje es así, inasible y cambiante. Y la vida igual. Querrela expresar con el lenguaje es como pretender apresar un río que fluye con otro.²⁷

Inutilidad parcial de las palabras, flujo errático de las lenguas humanas que como pastos o rizomas crecen y discurren en una suerte de delirio inacabado y pretenden en su ser meros balbuceos captar, acercarse al río del ser. Ilusión pueril de los hombres de conocimiento. Ilusión juvenil podemos decir entonces del pretender que la gramática, invento algo tardío cuyos rasgos de origen y comienzo se pueden rastrear, nos entregue el ser del lenguaje, cuando podemos observar que es un arroyo que corre paralelo al río tumultuoso de la lengua, y ese río perdido en un mar que no podemos llamar mar, ni vida, ni árbol. Camino extremo en el cual el escepticismo combativo se puede observar que bordea nihilismos que nos llevarían a la inmovilidad o a un cinismo extremo.

²⁷ *Ibíd.* P 61-62 Igual espíritu cáustico puede observarse cuando, utilizando su espíritu hipercrítico y su afinada relación con el lenguaje, enfrenta las utilidades ladinas de ideas de como las de orden, analogía, convergencia, adaptación o paralelismo. *Ibíd.* P 142

9. LITERATURA E INDIVIDUACIÓN

*No me pregunto ya a mí mismo,
 pudiera ser que ya no me interesase,
 ni a las plantas ni animales cabeceantes
 sino a los espacios de ojos calcinados,
 a todo lo que nos rodea con su silencio,
 al aire que llena el espacio
 de puntos inasibles que sostienen como columnas
 los grandes templos donde lo dioses ordenan
 silenciosos a los dormidos, sin romper la noche.
 El aire que nos hace salir y entrar
 en el espacio, invencionando nuestro cuerpo
 con el misterio de la cantidad de astros
 y la extensión vacía.
 Qué alegría, qué alegría
 qué majestuosa tristeza esa unión
 de la respiración misteriosa,
 entre la transparencia que se recibe
 y la exhalación de las entrañas
 que se devuelve.
 Esta es nuestra morada
 la pureza que se recibe
 y la semilla siniestra que se hunde.*

Del poema "Los Dioses", de José Lezama Lima

En primer lugar quiero aclarar que la cuestión que plantea este título no se me hace inmediatamente comprensible, y estoy planteándolo en el punto crucial de este ensayo, aquí, porque la literatura me interesa, nos interesa. Como cuando un evento físico cualquiera relacionado con el cuerpo, un accidente o en una intervención quirúrgica, por ejemplo; una mano de cirujano inexperto, daña algo en el cuerpo, decimos en esos casos que **interesa** un órgano interno. Pero más allá de lo que me interesa íntimamente, está lo que nos interesa y nos congrega para el diálogo y está también lo que nos da vida, asignando sentido o proporcionando significado a lo indescriptible o amorfo que nos rodea. Seguramente podemos ser observados como un animal que juega y se nutre con el sentido.

De todas maneras debo decir que de esta literatura me interesan varios aspectos, además de los que he venido anotando y de este que acabo de mencionar, y uno de ellos es la forma como está puesta al servicio del proceso de individuación.

El asunto de la individuación me parece una línea genuina de la literatura antioqueña en particular, y ella no es irrelevante, estamos frente a un uso de la escritura al servicio del autoconocimiento y la exploración. Ha servido la escritura y el registro desde su comienzo para engalanarse, escribir y monarcas por igual, para aparentar, lo que no se es o mostrar como suyo lo que no se tiene, para simular lo que no se sabe, en Antioquia la motivación de los escritores aquí mencionados, es la franqueza cruda, se escribe para buscar la verdad directa del hueso al descubierto.

La literatura está puesta al servicio del desnudamiento, de la irreverente mirada directa sobre sí mismo y sobre lo que nos rodea. Miramos una pequeña y local tradición apenas en crescendo y podemos observar en ella un cierto desenfado, un momento que se extiende y encarna la idea de niño terrible. Pienso en Gonzalo Arango, El Indio Uribe, Fernando González, Eduardo Escobar y por supuesto FV

Se propone pues aquí, a modo de *finale*, la literatura como expresión de ese furioso o sereno ser entre los otros y se la vincula a la individuación, nos preguntamos a continuación por su lugar, tal vez, entre la filosofía y el psicoanálisis. No hace falta, ella está en su lugar y entre nosotros ha permitido procesos álgidos y singulares de ser sí mismo y le ha servido por ese camino a la sociedad para identificarse y reconocerse como en fotografías de Melitón Rodríguez

Pero volvamos a lo de la literatura y su lugar. Trato de entender la pretensión algo ingenua que afirma que entre nosotros la literatura reemplaza la actividad de pensar sistemáticamente, pero mientras ello sucede no dejo de preguntarme y considero: más bien cómo la filosofía se ha hecho visible husmeando en los modos de la literatura, en su decir intermitente, intentando definirse, separarse, distinguirse; coqueteando en un devaneo interminable; por otro lado el psicoanálisis, los saberes que quieren ser objetivos en su indagación sobre el alma, aprestándose frente a *ello*, interrogando, dejándose decir, olvidando a la literatura, el amor puro y negro, cuando ella es la salud respirando en la letra.

La literatura, a mi juicio, no parece estar entre el psicoanálisis y la filosofía, si está entre algo es entre la vida y la muerte, o entre los pliegues de la vida y no aludo a la expresión coloquial que nombra con la anterior expresión la cercanía de la muerte.

La literatura está viva, vivifica, da lugar al paraíso, lo retiene y nos lo entrega; nos muestra también el laberinto y el desfiladero, el destino final de la caída y como mantenerse fiel a un derrotero, propio o ajeno, por ello la

sitúo al lado de la vida buena. O por lo menos al lado del humano intentar dar sentido, producir significado para este vacío que nos rodea; ella es responsable de hacer lo posible por buscar esa vida buena librándonos de la ausencia de sentido al permitirnos buscarlo en su tejido y en la interacción de esos procesos con la vida misma.

¿Cómo es una vida buena? ¿Cómo se desenvuelve una existencia auténtica? Son dos preguntas diferentes, la primera es propia de un momento estelar de la paideia griega, el de la puesta en el horizonte de la idea de la eudemonía. Tener un buen "daimon", un geniecillo diminuto y fuerte que dicte detrás del hombro, como en el caso de Sócrates, que decida o nos acompañe en las disyunciones sobre cuándo, dónde y cómo es la garantía del buen vivir.

La segunda pregunta por la existencia digna de ser vivida procede de la analítica del ser, tal como la planteó Heidegger el siglo pasado, en esta pregunta la autenticidad es el reino donde el "se" se suspende y sencillamente se es de manera autónoma, estableciendo los límites de la propia experiencia, explorando en el propio ser y su destino, viviendo su tiempo a cabalidad.

Ambas preguntas, no obstante su diferencia histórica, apuntan a un mismo núcleo y surgen frente al dilema de la existencia humana y a la interrogación por el propio sentido de la vida. Tanto la pregunta por la buena vida, como la cuestión de una existencia auténtica, surgen como interrogantes en el proceso de preguntar por el sentido y el significado de la estadía en este mundo. Estos interrogantes surgen además en el seno de la vida entendida como camino. El pensamiento que considera y decide que las cosas de la naturaleza, incluido el ser humano, tienen un curso es el telón de fondo sobre el cual se proyecta esta visión para la cultura occidental.

Estamos en el camino, inexorable el curso de los pasos se impone, estamos en un río que nos lleva al origen, al mar, al comienzo de toda muerte. Esto se lo puede ver o puede pasar desapercibido.

La amplitud de la conciencia de sí no es igual en todos los individuos y por ello, en ciertos procesos vitales, el existir está acompañado de una visión más amplia y detallada. Se puede vivir sin conciencia de la caída y de la desgracia. Lo que en la mayoría sucede apacible y sosegadamente, sin participación de la conciencia, en otros transcurre como un acontecimiento de dimensiones descomunales y con la intensidad de una vivencia cósmica y religiosa. La diferencia, indudablemente, es un sentimiento de paso, una apertura de la conciencia a las variaciones de intensidad, a las escalas, a los

tránsitos, a los momentos definitivos a partir de los cuales somos siempre dejando de ser y entramos en las nuevas maneras, morimos y renacemos, nos transformamos en el otro que contenemos.

Somos, casi siempre, desconocidos para nosotros mismos y eso parece importarle poco a la mayoría. Existen también los etnógrafos de su interior, los aventureros que emprenden la búsqueda de la flor de Lilolá, los que asumen el peligro y corren el riesgo de verse en el espejo de la forma para saber que somos también esa monstruosidad que contenemos. En algún punto del camino los senderos se bifurcan y frente a una disyunción tomamos el camino más difícil o el más extraño, luego en cada nueva decisión, frente a cada elección, se van configurando más rigurosamente esas opciones y el resultado es dramático, trágico: cada uno de nosotros, esta experiencia parcialmente intransmisible, esta singularidad que no cambia, ni cesa.

Toda elección entraña un drama y finalmente nos enfrentamos a la inutilidad de haberlo hecho: el final es el mismo, el desgarramiento del tiempo, la conciencia de la propia finitud, la tragedia de lo que intenta subsistir y permanecer sucumbiendo inexorablemente a las dentelladas de Cronos. En el sentido literal la tragedia surge cuando se asume la visión de esa intimidad exuberante, se vuelve la vista atrás, al fondo y lo contemplado es el fuego sobre la ciudad, la casa ardiendo, la imposibilidad de retornar para encontrar lo perdido.

No hay conversión en sal, por el contrario, se recibe un premio de los dioses: la visión de sí huyendo en medio de la catástrofe, una nueva mirada sobre el valle que nos contenía; descubrimos que en lo que arde atrás también estamos en jirones y pedazos que se alzan en lenguas de fuego y se convierten en cenizas que, al girar la cabeza, también respiramos. Si vuelves la cabeza te harás realmente de piedra de esa manera: la visión del fuego, lo nuestro que arde, la ceniza de lo vivido, la energía que se consume se solidificará con el sí mismo.

Volver la cabeza, contemplar el desastre, tomar el fruto prohibido, esas son dos fuentes de la sabiduría. Tenía razón Luzbel y este sucio paraíso está al alcance, bajo los pies, al lado, respirándonos, respirándose, devorándose, devorándonos. Esta es una forma de vivir. ¿Será en parte la de Caín? Está también la otra manera, la de Abel: se escucha la orden, se está en el Señor, se siguen las reglas, muy modosito él, como decimos en Antioquia, muy juicioso, ordenado, perfecto en su incompletitud, en su carencia, en la aceptación de un sentido asignado desde lo alto o desde lo bajo. ¿Y cuál de las dos es una vida buena?

El relato bíblico es lapidario y la leyenda popular nos muestra a Caín dando origen a un linaje detestable, al judío errante, sin sosiego, arrastrando eternamente cadenas a lomo de una mula loca, ciega y vagabunda cuyos cascos no pierden jamás los herraduras y avanza en medio de la noche, sin paz, con su siniestro jinete atormentado, viajando siempre. ¿Qué busca? ¿Será la flor de Lilolá? ¿O la de Lis, o el oro puro, quizás el perdón, el origen de los sueños? Según el relato bíblico podría ser el perdón. Cuando Dios castiga a Caín este replica: la expiación para la culpa que me asignas y el pecado es irredimible, no habrá indulgencia y sale entonces al campo abierto, a encontrar su destino, una larga descendencia, fundación de ciudades, organización de naciones, guerra, muerte habitando el pasadizo infinito de la desobediencia y la muerte.

¿Si habrá redención? ¿Recibiremos indulgencia? En el relato bíblico del Génesis, Caín parece ser la perversión, la mentira, la mezquindad, la envidia, el crimen, será entonces el sindicado, el embargado por sus pasiones tristes, dominado por sus afectos y Abel, el bueno, el ordenado, el cumplido, mirado con satisfacción por los ojos de Yahvé. De no ser por Caín el polvoriento paraíso real, el desierto estaría roturado parejamente, los campos definidos, el de Dios y el de mi hermano, el de mi padre y el de mi hijo, nos reuniríamos en la cosecha para compartir y dar gracias.

Pero las cosas no han ido por ese sendero, descendemos de Caín y de Adán, el voluble, el crédulo. Y estamos aquí enfrentados al camino, en el camino, viendo el bien y el mal, sabedores de nuestra desnudez, de nuestra precariedad, de nuestra caída milenaria. La serpiente sí estaba allí, Él la puso y Él también hizo rabiarse a Caín, recibió mejor la carne grasosa que le ofrecía el pastor que las semillas seleccionadas por Caín. Esa es la triste historia: Adán cae en el comienzo perfecto, perdió el paraíso florido: Caín volvió a perder pero ahora un paraíso sucio, un desierto que había que abonar con el sudor de la frente.

De una manera general los mitos, las leyendas y la literatura tienen en común que son "terapeia", cura en el dolor de la existencia, conciencia ampliada del sufrimiento de la caída, intento vano por detener el tiempo o recrear o retornar al paraíso. Hay diferencias profundas: la literatura se aparta de los mitos y las leyendas, en ella es extrema la variación, intenso y preponderante el lugar del interior propio, aquí tal vez radica su ductibilidad para trazar el registro personal, es el designio del individuo lo que la hace interesante y al mismo tiempo fuente de una complejidad dinámica, ramificada, recreada en un tejido que prolifera con velocidad y pluralidad ya casi indescifrables.

La literatura multiplicó por legión los paraísos y los infiernos, diseminó las utopías y las hizo personales, transferibles, en una Babel interminable. Babel, la confusión y la proliferación de las lenguas, ese también fue un castigo gratuito, no hubo futilidad, solo deseos de llegar al cielo, hacer algo grande. En la narración babilónica, Etana, montado en un águila blanca, quiso también llegar al cielo de Istar, antes de Ícaro. Etana y con él, en coro Ícaro, se retrata la ilusión humana de intentar ir más allá de sí y su destino y lo que queda es la caída desde el orgulloso y altivo corazón hasta el fondo de la nada.

Fernando Vallejo también está buscando la vida buena, está en su camino, en su proceso, mira, ve, investiga a profundidad, pregunta, se pregunta, conoce, interroga, se cuele en el tejido, insulta, condena y abandona para continuar con otra cosa. Por ello mismo selecciona, conserva, destruye, aglutina. Creo que estamos frente a un artista genuino, un hombre de conocimiento. Al parecer ha usado la literatura, su literatura, para curarse, para rastrearse y hacerse comprensible, saeta al viento, imposible recuerdo, un vago yo, un fugaz fantasma, siguiendo sus propias palabras.²⁸ Pero ya había intentado poner su alma en juego: en la interpretación musical, dejada después de cierto grado de perfección formal, luego en el lenguaje del cine y la expresión visual.

Vimos algo de su periplo vital. ^{segundo} Sigo las huellas de su propio relato²⁹ y el tejido de una interesante labor de investigación, primero en la estructura del lenguaje literario, luego en los casos de las vidas y las obras de Porfirio Barba Jacob y José Asunción Silva. Se detuvo posteriormente en aspectos de la teoría darwinista de la evolución para terminar por reconocer problemas inherentes a las teorías físicas del siglo XX.

Dejo de lado sus estudios sobre historia de la biología y de la física. Quiero trazar algunos rasgos de lo que leo en su ocupación con la literatura. Todo este esfuerzo literario se ha planteado como una experiencia en la cual se habla desde su propio yo, "su vago yo, fugaz fantasma" y en contra de la experiencia del narrador omnisciente.

Algunos investigadores han hablado en éste y en otros casos de un "pacto autobiográfico". Planteo de manera inicial que en esta literatura se trata de una experiencia de sí y de un mundo, que al decir del autor "ya encontré

²⁸ Con esa evocación del yo como la única instancia legítima desde la cual hablar en literatura, abandonando toda novela se inicia y se termina la saga: *El río del tiempo*.

²⁹ Vallejo, Fernando. *El río del tiempo*. Contiene las siguientes obras: *Los Días Azules, El Fuego Secreto, Los Caminos a Roma. Años de Indulgencia y Entre Fantasmas*. Posteriormente ha publicado *La Virgen de los Sicarios, El Desbarrancadero, La Rambla paralela y Mi Hermano el Alcalde*.

hecho”, experiencia que tiene un fin catártico y terapéutico. También de una manera deliberada se recurre en varias partes del relato a hacer aparecer una situación de escucha propiciada por un interlocutor, un imaginario confesor, un psiquiatra o “doctor” a quien se explica y se detalla una anécdota o una circunstancia. Modos variados de jugar con esa condición de la palabra enunciada según la cual ella sirve, cura, nos facilita el estar en el mundo dándonos los asideros para la sobrevivencia en un terreno cruzado por fuerzas que se padecen y símbolos que apenas se vislumbran, así se terminen de asimilar como si fueran nuestra carne.

Pero, atención, esta aparente centralización en la voz propia y la emisión desde un individuo, un yo, no es definitiva, ni completa, está cruzada por todas las habilidades de un estilista de la lengua literaria que puede deshacer ese yo como una milhoja de variadas capas que se convierte en una experiencia intensa de disolución y multiplicación de los niveles de la narración. Este procedimiento se extrema en su última obra: *La Rambla paralela*. Por ello no podemos dejarnos confundir, esta lucha contra el narrador omnisciente, contra Flaubert, Balzac o Dostoiewsky se la da en un terreno profundamente conocido por FV, el de los niveles de expresividad y posibilidades de juego con el punto de vista.

En lo que parece en la literatura de Vallejo una fluidez verbal, una parla ocasional y regional termina por hacerse evidente la mano experta de un estudioso de los modos de nombrar y decir las cosas en literatura occidental. La primera obra suya que tuve entre mis manos fue *Logoi*, una original y erudita gramática del estilo literario, un libro singular, el resultado de un gran conocimiento de los modos de enunciar y decir en 3000 años de literatura occidental, con ilustraciones minuciosas y abundantes de casos tomados del griego, el latín, el italiano, el francés, el inglés y su lengua castellana.

Al tomar contacto con esta obra, inusual por lo erudita y por su ambicioso proyecto, imaginé lo opuesto a lo expresado por muchos lectores de *Bajo el volcán* de Malcom Lowry; uno cree con ellos en un primer momento que se trata de un joven narrador, confusiones que nos crea la retórica del adolescente eterno, detrás había un escritor que ya era maduro. En el caso del Vallejo de *Logoi* es sorprendente por la razón inversa. Se trata de un joven intelectual afrontando la babel de las lenguas para extraer las rutinas, los modos, casi que los clichés propios de la literatura occidental: labor de un erudito de la tercera edad.

El esfuerzo es inicialmente didáctico: servir de ayuda a los escritores, pero luego el mismo Vallejo ha resaltado la dimensión perversa: mostrar a la literatura como el reino del lugar común, de la fórmula: “así cuando un

escritor llena una hoja en blanco, lo que llena en última instancia son los esquemas sintácticos de su idioma y las fórmulas consagradas de la literatura”.³⁰

Es de por sí excesivo ese intentar una gramática del lenguaje literario, pero es aún más titánico y desafortunado después de tal parte de imposibilidad de la creación, original y genuina, intentar una estrategia de renovación del lenguaje literario emprendiendo una experiencia de la literatura que está ejerciendo la única relación fructífera para ella. Se trata de esos acarreos, como los denominaba Lezama Lima, de lo coloquial, popular y callejero a la expresión literaria aceptable y “cult”, nada más ni nada menos que el habla cotidiana llevada a la literatura.

En buena medida la literatura de Vallejo se la puede entender como ese esfuerzo intencionado de llevar lo hablado en Antioquia al río de lengua literaria en lengua castellana. *El río del tiempo* parece nacer del epílogo de *Logoi*, dice en sus conclusiones. “El lenguaje coloquial -como en el caso de la reciente novela latinoamericana- con su desorden y su encadenamiento fortuito de las ideas, pasa de los diálogos al relato y se apodera de la novela entera”.³¹ *Logoi*, no es solamente una bocanada de humor negro que el autor derrama sobre la literatura, es la forma inteligente y sabia como el autor le traza un camino a su propia literatura, la cual además aleja deliberadamente de los caminos de la novela.³²

Pero no nos dejaremos tampoco desorientar por el humor negro del escritor. Para los fines de este ensayo me interesa subrayar el aspecto titánico de la empresa emprendida en *Logoi* por Vallejo. Me interesa precisar lo de lo titánico un poco y luego quisiera mostrarles también como Vallejo está fascinado y viviendo él mismo lo titánico, inicialmente en su experiencia con el cine, posteriormente en el proyecto realizado de *Logoi*, luego en su aventura literaria que pretende vencer el tiempo, la muerte y retornar al paraíso: el corredor de Santa Anita, en los brazos de su abuela Raquelita mientras entra a la finca, en plena Navidad, el carro de sus padres que regresan de México, cargado de seres queridos y de regalos.

Más recientemente en su interpelación, en su combate con algunos gigantes de la ciencia biológica y la física leo esa voluntad excesiva de enfrentarse con lo más difícil, la pared de basalto que nos excede por 100 saltos y nos separa del amor puro y el sueño verdadero.

³⁰ Vallejo, Fernando. *Logoi*. Una gramática del lenguaje literario. México F.C.E. 1983. P. 529

³¹ Idem. P. 536

³² “La novela le fue un género negado a Antioquia. Éramos demasiado nosotros mismo para mentirnos en ficciones. De paso nuestra realidad tenía una luminosidad meridiana que excluía toda atmósfera” *El río del tiempo*. Santafé de Bogotá, Alfaguara, 2002

Para empezar a comprender lo titánico hay que señalar que “representa un aspecto muy importante y aún no plenamente explorado de la naturaleza humana”³³. Al parecer nunca hubo un culto a los Titanes. El período titánico puede observarse como de transición entre el hombre aún no dotado de una imaginaria antropomórfica y el hombre que posee en su cultura y en su psiquismo elementos antropomórficos. Aunque esta estructura no haya sido todavía convenientemente estudiada por la psicología en general y en particular por el enfoque arquetipal, es importante reconocer este nivel de nuestra naturaleza humana, en este orden de ideas “todos debemos tener, implícitamente, un nivel titánico en la psique.” A lo cual deberemos agregar que existen procesos de individuación y personalidades en las cuales lo titánico parece funcionar como estructura predominante.

Los titanes corresponden, según Nilsson, al tiempo mitológico de Cronos, un tiempo previo a la guerra de Zeus contra sus progenitores titánicos. La era de Zeus vino acompañada de una diferenciación de imágenes expresada en un orden nuevo, un ritual diferente y un antropomorfismo con una imaginaria de diosas y dioses diferenciados y de otra consistencia no monstruosa sino cercana a nuestra inmediata corporeidad. Y los griegos nos han educado -son palabras de Nilsson- según un antropomorfismo al cual le precede el oscurantismo del fin de la cultura micénica.

La franja titánica de nuestro psiquismo puede ser reconocida estudiando lo que los mitólogos y poetas nos muestran de su propia cosecha, en palabras de Kerényi: “El nombre de Titán, desde los tiempos más remotos, ha sido profundamente asociado con la divinidad del Sol, y parece haber sido originalmente un título supremo de seres que, en efecto eran dioses celestiales, pero dioses de hace mucho tiempo, aún salvajes y no sujetos a ley alguna”³⁴. Para la psicología de los titanes no hay leyes, no hay orden, no hay límites. Yo agregaría que el titanismo sí adopta leyes pero para hiperbolizarlas, para destruirlas con su exceso. En el psiquismo adolescente se hacen visibles muchos elementos titánicos, incluido este que acabo de mencionar: si el adolescente adopta leyes se relaciona con ellas de una manera hipermoral y excesiva.

Y a ello podemos entonces agregar que el viaje del Puer deja ver su propio exceso, su carencia de límites, su aparente caos, una cierta barbarie y su destructividad tan propia. Y quiero llamar la atención, aunque no es mi objeto hoy, sobre la estrecha relación que la psicología junguiana encuentra

³³ López-Pedraza, Rafael. “Locura lunar-amor titánico” en *Ansiedad cultural*. Caracas, Psicología arquetipal S:R:L: 1987 p 15

³⁴ Kerényi, Karl. *Prometheus: Archetypal Image of Humane Existence*. Londres, Thames and Hudson, 1963. cit por López-Pedraza, p. 31

en el legado órfico donde se hace visible una conexión entre los Titanes y la maldad presente en la naturaleza humana.³⁵ Esta conexión entre titanismo y maldad no puede hacerse de manera ahistórica, el psiquismo humano tiene su historia, su ontogenia. Primero fue el caos, lo monstruoso del horror oscuro y sin sentido, luego fueron los Titanes, a continuación vinieron los dioses antropomórficos para concluir en el intento inacabado por adoptar el monoteísmo como camino para la humanidad.

En este proceso, el impulso hacia un dios universal y el monoteísmo mismo, fomentado por las condiciones políticas del mundo antiguo y el ánimo guerrero y dominante de la razón, no han dejado de fomentar una ansiedad cultural y muchos aspectos de lo titánico se han subsumido en lo demoníaco mismo. Pero es necesario desglosar lo titánico de lo demoníaco y también, no es mi objeto pero lo anoto, es necesario seccionar lo propio de Pan, lo peculiar de Dionisos y de otras figuras que aparecen unidos a lo demoníaco.

El demonio es una respuesta intelectual a la complejidad del alma, a los residuos y sedimentaciones de nuestra historia psíquica. Las tentaciones de San Antonio le hablan mejor al alma sobre el poder y el contenido de ello que los frías razones de Santo Tomás, de la misma manera las Confesiones de San Agustín, contienen mas etnografía interior que sus discusiones y análisis intelectuales y filosóficos. También, contemporáneamente, el éxito de los planteamientos de Bataille radica en la forma como ha revinculado el erotismo y el cuerpo a lo sagrado y a su vez también es religante Serres cuando nos plantea los sentidos como el camino de recuperación de nuestra naturaleza y lo es Deleuze cuando nos llama la atención sobre lo devenires animales.³⁶

Pero más allá de lo demoníaco como tentación, y de lo titánico como primitivo-bárbaro y originario debemos entender que individuación quiere decir diferenciación y debemos atender a lo peculiar de lo titánico en Vallejo. Se puede ser, como en su caso, titánico esgrimiendo la gramática que es una forma de la ley. Pero el exceso se lo observa en la persistente crítica, por momentos insultante, frente a los errores gramaticales no sólo de escritores consagrados, sino de figuras públicas y hasta persona-

³⁵ Al respecto nos recuerda López-Pedraza: “La psique no aprende del exceso titánico. En este sentido, debemos establecer una clara distinción entre el sufrimiento, la humillación, el dolor y las beridas de la psique a partir de los cuales se nos da el aprendizaje psíquico, el conocimiento y el hacerse del alma o la iniciación del alma y el sufrimiento repetitivo de los Titanes: ese tedio cotidiano nauseabundo del nivel existencia de la vida; pero aunque la psique no aprenda nada de eso debe tenerlo en cuenta, debe ser lo más posible consciente de su existencia. López-Pedraza, op, cit. P 23

³⁶ Estos autores que denomino religantes lo son por la forma como asumen y piensan el asunto de la ansiedad cultural

jes de la televisión. No solamente se define Vallejo como el último gramático sino que su línea de filiación y de admiración se remonta a Rufino José Cuervo, quien trabajó durante casi toda su vida en un proyecto: el Diccionario del Régimen de Construcción de la Lengua española, logró avanzar solo las primeras letras; se necesitó un equipo de más de 100 personas y una labor de tres décadas para concluir una empresa de titanes. Creo que pocos casos humanos como el de Cuervo fascina la mente creativa de Vallejo.

Para concluir, además de esta observación sobre los titanes, quiero precisar de manera breve esos pasos o momentos del proceso de individuación. La individuación es el proceso por el cual llegamos a ser persona y configuramos una identidad, se requiere resolver nuestra relación con elementos del vivir que son comunes, lo diferente es como resolvemos nuestro encuentro, con la madre y con lo femenino, por ejemplo. Igual en la relación con el padre y en general, con lo masculino.

La individuación supone que el alma es el telón de fondo sobre el que tiene lugar el teatro de la vida, el acontecer cotidiano y esa alma no quiere decir, en este contexto, elemento religioso o idea alguna sobre reencarnación o trascendencia, inmortalidad o dimensión extraterrena. Mientras tengamos que pensar en la senda del dualismo el término alma, que no es equivalente al de mente, nos sirve para nombrar lo no corporal del cuerpo. La voluntad por ejemplo, ciertas cualidades de la memoria, o sino ¿como explicar la aplicación de unos, la reciedumbre de otros y la molicie y la dejadez de la mayoría? A lo que Platón llamaba aristía es a la cualidad de los superiores en la atención de sus asuntos, lo que da lugar a esas diferenciaciones tan profundas entre individuos.

Usamos el término alma en el mismo sentido que en el pasado lo han usado Platón, Aristóteles, Freud o Jung. El alma no es un casillero vacío ni una tabula rasa como pensaba Locke y tiene sus estructuras internas, los griegos hablaban de dioses, la época moderna ha hablado de estructuras, mecanismos o preprogramaciones. En este caso hablamos de individuación como el sentido mas general de la vida psíquica humana. Se vive para ser uno mismo y es un camino como el retorno de Ulises, sobre ese camino o proceso se han tejido buena parte de las obras literarias.

Pongo un solo ejemplo: la adolescencia veleidosa, fascinada con los tejidos verbales, las piezas de oratoria y los discursos, la adolescencia loca de amor ciego, Narciso como una escansión de la individuación ha sido espléndidamente presentada en Fedro de Platón y estoy poniendo solo un ejemplo. Podemos saltar y ver a Kafka, amarrándose al escritorio, enfrentando a su

animus, la huella de su padre, en su psiquismo o ver a Vallejo batallando con su mater, Lía, la hembra paridora, la loca de casa suelta.

Sin caer en las simplezas de análisis que miran las transiciones como el centro de la vida psíquica se trata de saber que todos debemos entrar al laberinto, no importa cual y también vamos por nuestra amada a rescatarla o las damas esperan su príncipe azul y deben revolver el fondo entero de su vida para rescatar la madre muerta y los hombres deben ir por el camino del agua si quieren rescatar la preciosa herencia del padre. No hay que entender la individuación de manera mecánica y en el caso de escritores y artistas permanecer en el estado del puer aeternus parece regularidad y permanencia en el puer y otras como las academias celebran, mantienen y propician la permanencia de los individuos en el estadio del senex, del viejo. Es algo sencillo, como decir que vamos de la leche y la miel a las cenizas, pero sólo quien la enfrenta conciente sabe de la sombra, el lado oscuro de nuestro ser, lo que en algunos emerge como chismografía banal, en otros se manifiesta como una fiesta macabra llena de extremos y sin linderos. No todos sienten su individuación de la misma manera, hay quien pasa por ella sin darse cuenta y mucho menos trata de registrarla, en otros se convierte en una obsesión que cruza toda la vida, entre nosotros el caso de Fernando González es muy revelador, pues empleó buena parte de su vida en ese desnudarse lentamente para saberse, para buscar la más alta sabiduría, la misma que buscó Sócrates, la del herido corazón por una vida que no conocemos sino mientras nos destroza.

Creo que obras significativas han sido en gran medida expresión pública de esa fiesta religiosa que es la búsqueda de sí en ciertos seres humanos en quienes un tránsito se convierte en un drama con la solemnidad de una actividad religiosa vivida con fervor. Despedirse de la niñez a los setenta, o no despedirse nunca, seguir siendo "esencialmente el mismo" como decía Borges implica una cierta relación con esa escansión.

Considero que Carl Jung, independiente de su megalomanía, de su mitomanía, es, en el pasado siglo veinte, quien mejor estudió ese proceso con una variedad de recursos y materiales que le indicaron la certidumbre de esos pasos, instancias o movimientos psíquicos en torno a la individuación. En parte con herramientas del psicoanálisis ortodoxo, freudiano, logró trazar unas líneas que ganaron su lugar en la historia de los estudios sobre el alma. De cierta manera los desarrollos de la etología y otras ciencias naturales han mostrado interesantes coincidencias. Los patrones de acción fija, como los arquetipos, compiten entre sí, se anulan, se eclipsan momentáneamente. La etología, destacando el papel de las preformaciones,

los estudios neuroanatómicos, identificando plantillas previas de interconexión neural, contribuye a cuestionar la imagen de la mente como tabula rasa y a corregir esa influyente página escrita por el empirismo inglés.

¿Hay algo que nos acompañe en este trasteo sin término, en esta hecatombe celular, esta devoradora muerte que nos reasimila e inventa cada tanto lo que somos? Podemos estar de acuerdo en que el yo es una ilusión, un fantasma en la máquina, ¿pero, al mismo tiempo, qué es lo que nos hace permanecer o como dice el poeta Rosamel del Valle, qué es lo que nos hace elegir este himno, recordar aquella frase mientras permanecemos únicos en una inmensidad vacía? John Eccles y Karl Popper hablan de un sí mismo experiencial, Jung habla de sí-mismo como esa estructura que figuran las piedras, los mandalas, las representaciones de ese núcleo aglutinador de la experiencia, ojo atento sobre el río tumultuoso que corre a nuestro lado, en el loco interior desbordante. Centros, esferas, puntos negros, concéntrico retorno de la mano en los juegos pictóricos de los esquizos. Los puntos verdes que menciona Artaud en los cuales le era posible reencontrar la inspiración toda, con cuerpo. El sí mismo puede también ser la ventana para cruzar al otro lado y hacer audible la experiencia caótica.

Primer paso de la individuación, en este caso, una vertiginosa e intensa experiencia de lo titánico, el narrador recibiendo la hostia de la primera comunión para ir a arrojarla luego a la letrina, un imprecación y un insulto hiperbólico que incluye a todas las figuras, el Papa, Cristo, Mahoma o los líderes locales, su propia madre, los hermanos, la patria. Como decimos en Antioquia esa furia insultante “no ha dejado títere con cabeza” y más que explicarse como actitud panfletaria la debemos intentar comprender como expresión de lo titánico en su alma. Mejor debería decir su alma reposando y alimentándose en lo titánico.

Segundo paso en el camino de la individuación: encuentro con la sombra. Se requiere fuerza también para superar lo titánico y enfrentar el sí mismo, la propia visión. Con mero titanismo sólo se tienen héroes. El humano ya reconoce su sombra y no la persigue, simplemente la desconoce desde su conciencia, la reconoce por aventura de etnografía interior. Los seres humanos del común nos enfrentamos a ella o la padecemos, el artista la expone, el fáustico la explora y un buen psicoterapeuta la conversa. “El encuentro consigo mismo significa en primer término el encuentro con la sombra”³⁷ y la sombra es un sendero estrecho, una puerta pesada que no se puede evitar para poder llegar al autoconocimiento. Para saber quien es uno debemos pasar por ese autoconocimiento que por supuesto no es el

³⁷ Jung Carl G. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona, Paidós, 1994. P. 27

mero mirarse de Narciso en el espejo del agua. Por el contrario se trata de un conocerse desgarrado, lo desgarrado es la persona y ésta es la primera prueba de coraje en el camino interior, asusta a la mayoría “pues el encuentro consigo mismo es una de las cosas más desagradables y el hombre lo evita en tanto puede proyectar todo lo negativo sobre el mundo circundante”³⁸. Este encuentro con la sombra lo asume Vallejo como una necesidad de olvido al poner en escena, la escritura aquí tiene esa estructura de exutorio donde son exhibidas todas las complejidades, un denso universo de anomalías y monstruosidades que la asemejan a un vertedero o a una sesión intensa y descarnada con el analista.

Desde este punto de vista todo lo sombrío de este escritor se manifiesta en ese pesimismo casi delirante, en una probidad, un compromiso con la verdad hasta el hueso mismo de la desolación y la desesperanza. No alberga ilusión, ni utopía: mira de frente la oscuridad que apenas nombramos. La sombra contiene lo animal que nos precede y demanda una ampliación de la conciencia inaceptable para una mentalidad apolínea o para la línea de conducta de Abel. Vallejo no está muy orgulloso de su humanidad, y literaria y vitalmente está conectado con lo animal: su mayor dosis de humanidad es como la de Francisco de Asís que reconoce en el sapo y la liendre sus hermanos. Zambos, negros, indios y mulatos son la franja intermedia: solo turba maligna, destructiva, artera, purulenta.

Tercer paso en el proceso de individuación: diálogo con el ánimo. “Si la discusión con la sombra es la prueba que consagra al aprendiz, la discusión con el ánimo es la prueba que consagra maestro al oficial. Porque la relación con el ánimo es una prueba de coraje y una ordalía del fuego para las fuerzas morales y espirituales del hombre”³⁹. El Anima, aquello que se funda en el primer contacto con la madre, desde el vientre quizá, escuchando el dulce arrullo de la espera.

Rodeada de todos los reconocimientos, atenciones y de una seguramente cómoda posición social Doña Lía trajo al mundo un niño. Y ese niño escribe que no la quiere, el ánimo creadora del artista está en otro lado. No será Lía la figuración positiva, de ella el narrador entrega un negativo. La madre, muerta literariamente en más de tres formas, no será la que en la obra personificará el ánimo, ese reducto primordial del alma, se lo describirá y lo debemos buscar en la Bruja, un leit motiv, una hermosa perra Gran danés negra, la ternura, la lealtad, el fondo humano y rescatable del alma sobre el cual resonará la presencia de una conmisericordia y un amor por lo animal que encarnará la crítica a lo que va mal en lo humano del hombre.

³⁸ *idid.* P. 26

³⁹ Jung, C.G. *Arquetipos e Inconsciente colectivo*. p. 35

La Bruja unida en el recuerdo a la abuela, en dos hermosos párrafos seguidos en el último libro de la saga literaria: *La rambla paralela* son, a mi modo de ver, la figuración del ánimo en este intenso escritor nuestro:

La Bruja era negra, alta, esbelta. Con una mancha blanca en el pecho en forma de mariposa que el viejo llamaba el "sigillum diaboli", si bien ella era un ángel y él todavía no era un viejo. Se la regalaron de un mes, pequeñita, del tamaño que después habría de tener la cabeza. Nadie ha querido nadie tanto en este mundo como la quiso él. La vio crecer, la vio vivir, la vio morir. Cuando ella murió él envejeció de golpe. Jamás pudo recuperarse de su muerte. (...)

La abuela era dulce, de ojos verdes desvaídos, pelo entrecano y largo que anudaba atrás en un moño, hermosa. Madrugaba a las cinco de la mañana a darles de comer a sus animales, a cocinar para el familión, a secar y a limpiar el café granito por granito(...) Sin embargo la abuela y la Bruja no se conocieron. Ni siquiera coincidieron en la vida, en este siempre renovado y empeorado valle de lágrimas. Juntas sólo vivieron en el corazón del viejo, indisolublemente unidas por el amor que les tuvo.⁴⁰

Juntas en ese fragmento de *La rambla* la perra y la abuela constituyen el innegable horizonte para comprender todo lo humano. Desde la ternura y la lealtad a toda prueba se puede reconocer el destino tórrido de la sociedad y de la especie humana. La abuela Raquelita es una figura clave en toda la obra literaria, al parecer ya cerrada por el mismo autor. Obra cerrada por tedio, por ausencia de diversión. Pero mientras escribió *El Río del tiempo* y las otras obras no hay evocación de lo femenino arquetipal, desde la negación de la reproducción hasta la afirmación de la tierra natal, que no confluya en esa abuela hermosa, viva, omnipresente que en el hombre se confunde con el mismo impulso vital. En la obra literaria Vallejo la abuela Raquelita continuará en Santa Anita ofreciéndole el regazo para afrontar la estupidez que crece hasta la destrucción. Es el rasgo conclusivo más importante a mi modo de ver en esta obra que aparece rodeando el panfleto, destilando bilis pero que en realidad es la expresión de un alma vigorosa que ama la vida, desprecia el engaño omnipresente, rechaza la apariencia convertida en impostura y denuncia la mentira inherente a toda cultura humana, especialmente la suya propia, la nuestra que aparenta sinceridad y franqueza cuando fatiga la mentira y el engaño, predica la generosidad cuando practica una mezquindad plutónica frente al espíritu contemplativo y sus obras. Las paradojas de la antioqueñidad ya tienen un nuevo denunciante cabal, los laberintos de Colombia han quedado expuestos sin

⁴⁰ Vallejo Fernando. *La rambla paralela*. Bogotá, Alfaguara, 2002, pp 82-83

contemplación por un artesano que recoge crudamente nuestra imaginaria y nuestra contextura criminal y siniestra y lo hace por medio del más exacto uso de su arma: su lengua despiadada, limpia, sucia y franca.

La experiencia humana es titánica, sólo los mejores enfrentan la sombra, nos distinguimos por la forma como bailamos con el alma, así esté medio muerta y sólo los mejores salen victoriosos, defendiendo su loco corazón de la mentira y la impostura para salir a buscar el cielo azul y el aire fresco.

10. A MODO DE CONCLUSIÓN

El ser humano, animal precoz, efímero, sediento de absoluto.

El hombre es una contradicción, un sueño absurdo, una paradoja viviente, un abismo de enfermedad y sublimidad, un caprichoso monstruo en donde lo bestial y lo divino se hacen la guerra sin vencerse nunca.

Giovanni Papini

El ser humano, ese animal que no está aún completamente definido tiene, no obstante, en su periplo de excremento y estrella los trazos de su tragicomedia. Al fin y al cabo le gusta mirarse e invento el espejo, el mito, la literatura, la fotografía, el cine, el arte de la simulación como ningún otro. Esta literatura nuestra lo redescubre con los detalles de una enorme fiesta, como si aconteciera hoy, aquí al lado sobre la acera. Y ella es delicioso ejercicio del poetizar, del decir lo mismo sobre lo mismo sobre esta bella fiera que siempre es capaz de mirarse, cantando como Fitzcarraldo en el desastre.

Y este noble y cruel animal siempre se ha visto a sí mismo, se proyecta sobre el firmamento y transforma la cáscara del globo terráqueo. Con él la naturaleza ejerció el proyecto de la conciencia hasta el extremo delirante de creerse diferente a la naturaleza, para oponerse en titánica tarea. No habría motivos para acusarlo de torpeza y proliferación de los engendros, ya la naturaleza, su madre lo hizo así, lo prefirió para destrozarse en un proyecto sin pies ni cabeza, puro derroche, feliz desconcierto. Y somos su hijo predilecto, el que reúne todas las torpezas y el canto para saludar la debacle, el terremoto y la luz con improperios, intentando poner orden en medio de un caos maravilloso e interminable.

Resume esta expresión de la naturaleza que somos la extrema ternura y una crueldad sin borde y sin orilla. Conquistador del globo terrestre y de la

luna puede asentarse con la propiedad del villano Animal esplendido y mezquino, magnánimo, febril, efímero y sediento de eternidad y trascendencia. Grotesco en su elegancia, temible en su timidez, oneroso, dispendioso y barroco busca sin embargo la sencillez por el camino de la complicación y la complejidad, animal sencillito cuando amanece y se va a descansar con el horizonte lleno de señales, cargado con las deudas de su aspiración a ser un sol o una estrella a cruzar alado el firmamento.

Un animal que en medio de la extrema crueldad puede volver a encontrar el sentido de la ternura y el gusto por darse por vencido, siempre arrastrado por una marea interminable un oleaje que lo lleva no se sabe donde, para volver siempre a los hirientes arrecifes que le parecen islas nuevas, paraísos desconocidos que todos los días inventa. Torpe animal que se porta con una arrogancia extrema como si hubiese venido en nave externa, desde los astros o las nubes cuando sólo es el fluido perdido de una vasija rota que puede reinventarse y soñar ánforas de oro y turquesa que lo contienen de nuevo y lo preservan para una santidad inesperada, espléndida que puede estar seguida por crímenes atroces o, al contrario, como en el cuento de San Julián el hospitalario de Flaubert, puede desde el crimen perfecto nacer de nuevo a la bondad y rendirse como el peor criminal ante la sencillez de una sonrisa o un simple beso.

Bueno ahí está Shakespeare, Cervantes y la literatura toda para contar y cantar la saga de este animal sin plumas ni escamas capaz de cubrirse de quitina indestructible como Gregorio Samsa, humilde y arrogante animal, bestia delirante, triste, trágico, cómico, odioso en el triunfo, magnánimo en el esplendor, vulnerable en su desnudez, sombrío en su triunfo, inescrutable en el sueño que lo lanza a conquistar las entelequias vanas que le dan sentido a una vida excesiva, estrambótica su curiosidad en su esfuerzo por comprenderse entrega finalmente una ignorancia y una timidez que lo delatan en su precariedad, en su apertura dulce hacia la sombra que finalmente lo gobierna siempre

Tal vez no es tan oscuro el panorama, el trasfondo de eticidad que en todo criminal es posible encontrar, aún en el más perverso nos dice, esta obra del escritor antioqueño también, que aún desde el fondo del horror y de la desesperación es posible encontrar ese hilo que marca la diferencia y la distancia y que permite albergar esperanzas; al vernos, al verse, puede trazar un hilo delicado pero indestructible entre lo posible ya con estas manos y estos materiales y lo deseable, entre lo real y la fantasía ilimitada, puede distinguir entre lo mío y lo tuyo, lo pasado y lo no realizado aún, puede distinguir entre lo ejecutado y lo que sólo es parte de su fantasía loca.

Crucial el concentrarse en si mismo que da lugar al registro de la unicidad del ser humano, esa unidad irrepetible, y única, es la fuente de una experiencia que el arte ha consagrado desde sus comienzos. Especialmente al arte literario parece exigir y posibilitar eso que llamo Nietzsche el tratar sus defectos como virtudes, el practicar una estima exagerada de sí mismo y un profundo egoísmo. Es la única forma de retornar a la especie algo del flujo de energía y de vida recibida. Parece en su origen el arte y la literatura partir de un profundo egoísmo pero finalmente contiene el don en su forma pura. Alquimia humana que recoge donde no sembró y siembra donde no esparció.

El egoísmo es una cara extraña del más extremo darse, en la actividad artística se pone de presente de manera clara esta realidad, Pessoa la describe con tintas nítidas.

Quien solo tiene esta vida, quien no cree en la vida eterna, quien no admite ley sino la de la naturaleza humana, quien se opone al Estado porque no es natural, al matrimonio porque no es natural, al dinero porque no es natural, a todas las ficciones sociales porque no son naturales, ¿por qué diablos habría de entregarse al altruismo y al sacrificio por los demás o por la humanidad si a la postre el altruismo y el sacrificio tampoco son naturales? Si, la misma lógica que me demuestra que un hombre no nace para casarse, o para ser portugués, o para ser rico o pobre, me demuestra también que no nace para ser solidario, que no nace sino para ser él mismo, y por ello lo contrario de altruista y solidario y por ello exclusivamente egoísta⁴¹

Nos entrega el egoísmo un rendimiento paradójico, en el arte literario, nos negamos a veces, en un primer momento, a vernos en ese espejo, nos resistimos también a reconocer aspectos comunes en esas partituras que allí se ejecutan, pero hacemos parte de ese cuadro de mezquindad y oprobio que este escritor nos presenta en medio de ironía y burla radical.

Nos podemos negar a mirarnos en ese deforme cristal y la distancia que algunos hoy toman, recuerda la distancia y la censura que rodeó el trabajo de Fernando González y hoy todos parecen admirarlo y reconocerlo, se han superado las distancias del lápiz muy cerca de los ojos y no están lejanos los días en que la perfección idiomática y la riqueza narrativa de este autor, ahora radicado en México, pasen de la exclusión airada, histérica y la revulsión colectiva actual a su inclusión como modelo deseable en las cartillas de lectura escolar.

⁴¹ Pessoa, Fernando. *El banquero anarquista*. Barcelona, Editorial Pre-Textos, 1990. p 57

FV nos ha mostrado un destino de la literatura y es la risa abierta, la carcajada, ese primer momento es de sacudida y alegría para pasar luego a la asimilación y a la incorporación a un acervo que enriquece, como en el caso de los maestros Carrasquilla y González. No faltarán los gritos desatemplados que quieran negar maestría a este escritor en pleno furor receptivo de su éxito literario. Habrá que recordarles que no siempre los maestros son ejemplares, no lo fue Sócrates el más famoso que fue eliminado por la ciudad que defendió con su logos y con su fuerza física para terminar sindicado del crimen de todo genuino maestro: impiedad, alboroto frente a las estatuas de los más santos por llamado a reverenciar otras deidades, en el caso de Sócrates nos llamaba a venerar al que nos de las mejores razones.

Habrá que recordarles que los caminos de Dios, llamémoslo como queramos: el tiempo, la vida, la evolución, el polvo cósmico en movimiento, la energía creadora, el elam vital, etcétera, que los caminos de Dios son inescrutables y no recordemos al ya lejano y paradigmático Sócrates, miremos a nuestro cercano Porfirio, vivió de manera ocasionalmente crapulosa y eso no le ha quitado brillo a su capacidad para tomar y mostrar las fibras de un alma que compartimos como el agua y el paisaje. Ese universo simbólico de nuestros literatos, maestros antioqueños de la literatura, no es complicado sino más bien sencillo.

Salir de casa, abandonar por el conocimiento o la gracia las comodidades, entrar en el mar, conocer la alteridad, buscarse en sí mismo y en otros hasta las heces, divagar, arar en el amar, puede ser el periodismo, la cultura, el arte, un buen tiempo si es posible años y seguir un periplo de meditador, andariego, explorador, etnógrafo de su interior, franco, brutal, cínico, descreído, enemigo paradójico de curas endebles, buscador de almas templadas en el fuego de la caída y la desgracia –pueden ser curas a su vez-. Suenan duros y escuetos estos trazos pero no puedo sustraerme a dejarlos en la escritura de este ensayo

Así es el artista antioqueño, generoso como el que más con sus hallazgos y secretos a cambio de nada, bueno tampoco, unos cuantos dineros no hacen peor la vida de lo que ya es.⁴²

⁴² No quiero ser irónico pero el éxito de la revista *Antioquia* a mediados del siglo pasado, la cotización de la obra del pintor Fernando Botero, el éxito publicitario rotundo de los nadaístas, la solvencia de una Festival Internacional de Poesía que por casi tres lustros ha realizado Fernando Rendón y su grupo, y hasta el éxito relativo del maestro Cano, (que se quejaba porque se comparaba con los exitosos primos, comerciantes del marco de la plaza), se pueden poner como logros de artistas antioqueños en materia de dineros y a ese éxito no ha sido ajena la empresa literaria de FV.

FV se ha sentido orgulloso de su ser antioqueño y los registros quedan pero sobre esa antioqueñidad también esparce la pimienta de la crítica dura y realista: “Los antioqueños nos creemos mucho pero en el fondo no somos gran cosa”⁴³. Pero creo que como casi toda nuestra literatura ha mostrado fríamente el alma antioqueña con su rapacidad y sus ganas de eternidad y permanencia en el cuento ha hecho su trazo sobre la arena

⁴³ Revista Cromos · 4421, Noviembre 1 de 2002 Colombia

11. BIBLIOGRAFIA

- Aricapa, Ricardo. *Medellín es así: Crónicas y reportajes*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1998.
- Arroyave Vélez, Eduardo. *Naipes de Antioquia "De la Antioquia gitana a la Antioquia vasca"*. Medellín, Carpel, 1960
- Becker, Ernest. *La estructura del mal. Un ensayo sobre la unificación de la ciencia del hombre*. México, FCE, 1980.
- Béguin, Albert. *El alma romántica y el sueño*. Santa fe de Bogotá, FCE, 1994.
- Benítez, José Antonio "El cojo". *Carnero de Medellín*. Medellín, Ediciones de Autores Antioqueños, vol 40, 1988.
- Betancur, Cayetano. *Sociología de la autenticidad y la simulación*. Medellín, Ediciones autores antioqueños, vol 44. 1988.
- Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1970.
- Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1990.
- Botero, Fabio. *Cien años de la vida de Medellín 1890-1990*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1998.
- Buck-Morss, Susan. *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*. Visor, La balsa de la medusa, 1995
- Bozal, Valeriano (De.) y otros. *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, Volumen I y II. Editorial La Balsa de la Medusa.
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras Psicoanálisis del mito*. México, FCE, 1997.
- Conrad, Joseph. *El corazón de las tinieblas*. Alianza Editorial. Madrid, 1997
- De Greiff Obregón, Luis. *Semblanzas y comentarios*. Medellín, Ediciones Autores Antioqueños, vol 10, 1985.
- Dúmezil, Georges. *El destino del guerrero*. México, Siglo XXI Editores S.A, 1971.
- Eliade, Mircea. *Historia de las creencias y las ideas religiosas*. Editorial Cristianidad. Madrid.
- Espinosa, Germán. *Ensayos completos 1989-2002 T I y II*. Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002.
- Gadamer, Hans-Georg *Poema y diálogo*. Barcelona, Gedisa, 1999.
- Gehlen, Arnold. *El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*. Sígueme Editorial. Salamanca, 1980.
- Gómez Dávila, Nicolás. *Escolios a un texto implícito. Selección*. Santafé de Bogotá, Villegas Editores, 2001.

- González, Fernando. *Antioquia*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1997.
- González, Fernando *Don Mirócleles*. París,, Editorial "LE LIVRE LIBRE", 1932.
- Gutiérrez G., Rafael. *Hispanoamérica: Imágenes y Perspectivas*. Editorial Temis. Santafé de Bogotá D.C., 1989.
- Gutiérrez G., Rafael. *Modernismos - Supuestos históricos y culturales*. Editorial Tierra Firme -FCE- Universidad Externado de Colombia. Santafé de Bogotá, 1987.
- Hagg, Herber. *El problema del mal*. Editorial Herder
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México, FCE. 2001.
- Hume, David. *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid, Editorial Tecnos, 1988.
- Jaramillo V., Rubén. Colombia: *La modernidad postergada*. Argumentos - Temis Editorial. Santafé de Bogotá D.C., 1994.
- Jung, G.G. *Mysterium coniunctionis. Investigaciones sobre la separación y unión de los opuestos anímicos en la alquimia*. Madrid, Editorial Trotta, 2002.
- López-Pedraza, Rafael. *Ansiedad cultural*. Caracas, Psicología Arquetipal S.R.L., 1987.
- Macías Zuluaga, Luis Fernando. *Diario de Lectura II: El pensamiento estético en las obras de Fernando González*. Medellín, Editorial Universidad de Medellín, 1997.
- Menke, Christoph. *La soberanía del arte*. Editorial La Balsa de la Medusa
- Mesa Bernal, Daniel. *De los judíos en la historia de Colombia. La azarosa y apasionante historia de los inmigrantes hebreos desde los tiempos de la Conquista hasta la colonización antioqueña*. Santa fe de Bogotá, Planeta, 1996.
- Neira P., Edison Darío. *La gran ciudad latinoamericana, Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo*, Volumen 32. Editorial Peter Lang. Alemania, 2002
- Rank O. *El mito del nacimiento del héroe*. Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Santos Molano, Enrique, *José Asunción Silva El corazón del poeta*. Bogotá, Planeta Colombiana Editores, 1996.
- Starobinski, Jean. *Remedio en el mal. Crítica y legitimación del artificio en la era de las luces*. Barcelona, A. Machado Libros, 2000.
- Steiner, Georges. *En el castillo de Barba Azul*. Madrid. Guadarrama, 1977.
- Sucre, Guillermo, *La mascara y la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana*. México, F.C.E., 1985.
- Thorpe W.H. *Naturaleza animal naturaleza humana*. Barcelona, Alianza Editorial, 1980.

- Uribe C., Carlos. *La mentalidad del colombiano - Cultura y sociedad en el siglo XX*. Eds. Alborada - De. Nueva América. Santafé de Bogotá D.C., 1992.
- Vallejo, Fernando. *El río del tiempo*. Santafé de Bogotá, Alfaguara, 2002.
- Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*. Santafé de Bogotá, Alfaguara, 2002.
- Vallejo, Fernando *El desbarrancadero*. Santafé de Bogotá, Alfaguara, 2001.
- Vallejo, Fernando *La Rambla paralela*. Santa Fe de Bogotá, Alfaguara, 2002
- Vallejo, Fernando. *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*. México, F.C.E. 1997
- Vallejo, Fernando. *Entre fantasmas*. Editorial Planeta. Santafé de Bogotá D.C., 1993
- Vallejo, Fernando. *Los caminos a Roma*. Editorial Planeta. Santafé de Bogotá D.C., 1988
- Vallejo, Fernando. *Años de indulgencia*. Editorial Planeta. Santafé de Bogotá D.C., 1989
- Vallejo, Fernando. *El fuego secreto*. Editorial Planeta. Santafé de Bogotá D.C., 1987
- Vallejo, Fernando. *Los días azules*. De. Difusión Cultural UNAM. México, 1995
- Vallejo, Fernando. *Barba Jacob El mensajero*. Editorial Séptimo Círculo. México, 1984
- Vallejo, Fernando. *Cartas de Barba Jacob*. En: Revista Literaria Grativa. 1 de. Santafé de Bogotá, 1992
- Vélez, Antonio. *El hombre: Herencia y conducta*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1990.
- Weiningger, Otto. *Sexo y Carácter*. Barcelona, Ediciones Península, 1985.

II PARTE

ACERCAMIENTOS A FERNANDO VALLEJO